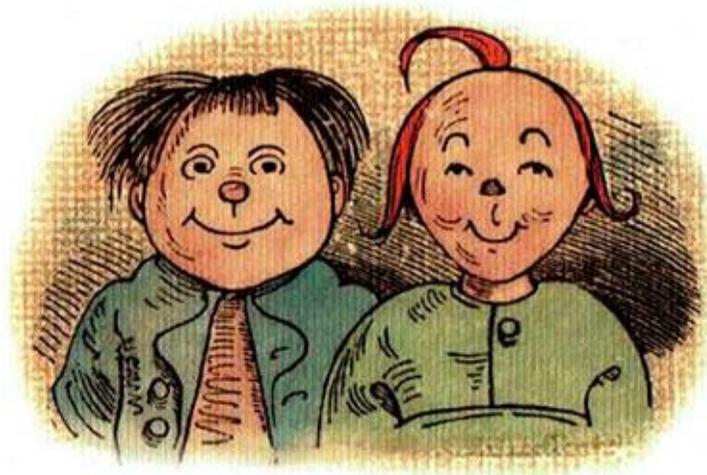


Max y Moritz

una historieta
en siete travesuras



por Wilhelm Busch

Traducción de Víctor Canicio



Wilhelm Busch

Max y Moritz

Una historieta en siete travesuras

Título original: *Max und Moritz*

Wilhelm Busch, 1865

Traducción: Mercedes Neuschäfer-Carlón

Ilustraciones: Wilhelm Busch

Introducción

Max y Moritz no es tan solo un gran clásico de los libros infantiles. En Alemania y otros países de habla germánica puede considerarse un monumento nacional por todos respetado, admirado y sobradamente conocido.

Me explico: cuando un ciudadano de la República Federal, por ejemplo, trata de expresarse por la vía oral —una costumbre en preocupante desuso— suele recurrir a un acervo lingüístico que heredó teóricamente de sus antepasados. No se conforma con decir, en su idioma, «vale tío», «t'has pasao» o algo con «super» de prefijo, ni se limita a repetir cualquier tontería que acaba de oír en un programa de televisión, anuncios incluidos. Tiene miedo a hacerlo mal y siempre que puede cita (porque parece más seguro). También nosotros citamos, preferentemente refranes, pero los alemanes, en este aspecto, tienen un repertorio inigualable: pueden elegir, muchas veces sin saberlo, entre otros monumentos como la magnífica y poética traducción de la Biblia de Martín Lutero, clásicos de la Literatura y la Filosofía que van de Goethe a Nietzsche, o los versos de un genio como Busch que quiso convertirse en un pintor famoso (Rembrandt, probablemente), no lo consiguió y fue, sin lugar a dudas, un dibujante excepcional y un mago de la rima. No es de extrañar que muriera algo frustrado.

Todos los niños alemanes han crecido con el *Max y Moritz* y hasta lo recitan soportablemente cuando se hacen mayores. En España e Iberoamérica, en cambio, sigue siendo una obra muy poco conocida. ¿Por qué? Tal vez porque nos resulta cruelmente germana, porque no ha encontrado su oportunidad o porque no tuvo la suerte de que le adjudicaran, en su época, un equivalente lingüístico adecuado y decisivo.

A la hora de acometer fieramente la edición de esta *Historieta en siete travesuras*, la traducción elegida por un encomiable defensor del género como Heinrich Redel —enemigo declarado de quienes «más que verter parece que

derraman», como tan bien decía don Sebastián de Covarrubias — tiene también su historia: un modesto profesional al que una importante editorial catalana, enriquecida con los tebeos, brindó una oferta de traducción de la obra completa del suizo Robert Walser (con sueldo mensual incluido), dijo entonces que no traduciría nunca más y prefirió dedicarse a producir sus propios textos. Pocos meses después la editorial alemana DTV, el gigante de los libros de bolsillo, proyectó sagazmente un *Max und Moritz polyglott*, le encomendó la versión española en ventajosas condiciones, con participación en los beneficios (para que no pudiera decir que no), y aceptó. Creo que hizo bien.

Fue toda una aventura en siete versiones. Cuando parecía acabada, el agotado traductor recibió la visita de un catedrático de la Universidad de Heidelberg deseoso de saber si había tenido en cuenta el verso trocaico (el rítmico sube y baja, para entendernos, que tanto contribuye a la memorización de la poesía grecolatina). Gracias a la milagrosa intervención del omnipresente e infravalorado Espíritu Santo (el del Don de Lenguas) supe contestarle que nosotros, los meridionales, apreciábamos más la cuaderna vía y el tetrástrofo monorrímo, pero que intentaría incorporar también algunos elementos trocaicos a la traducción.

Se dio por satisfecho, sudé un poco más y quedó como quedó. Después de releerla me parece aceptable y hasta es posible que no deje de tener su gracia.
Danke, Wilhelm Busch!

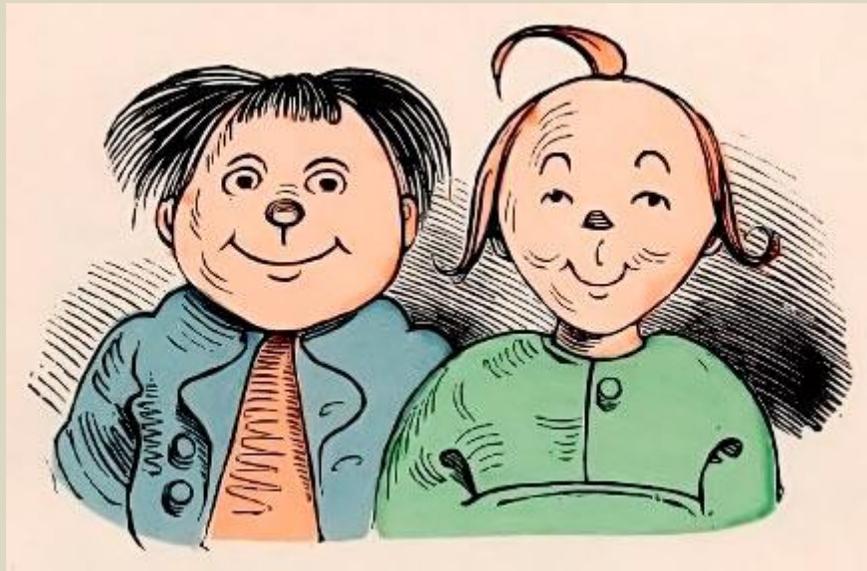
VÍCTOR CANICIO

HEIDELBERG / SANT CARLES DE LA RÁPITA

ENERO 2012

Prólogo.

¡Ay, los niños revoltosos
suelen ser los más famosos!
Max y Moritz, por ejemplo:
dos pícaros como un templo.



Nunca quisieron ser buenos,
ni oír consejos ajenos,
de educarlos no hubo modo,
se burlaban, sí, de todo.
¡Una pareja infernal,

dispuesta a sembrar el mal!

Atormentar a las ranas,

robar peras y manzanas,

hacer rabiar al sufrido

es mucho más divertido

que estarse quieto en la escuela

o ir a misa con la abuela.

«¡Ya os llegará la hora aciaga,

que el que la hace, la paga!»

Y este binomio terrible

tuvo un final previsible.

Por eso y para escarmiento,

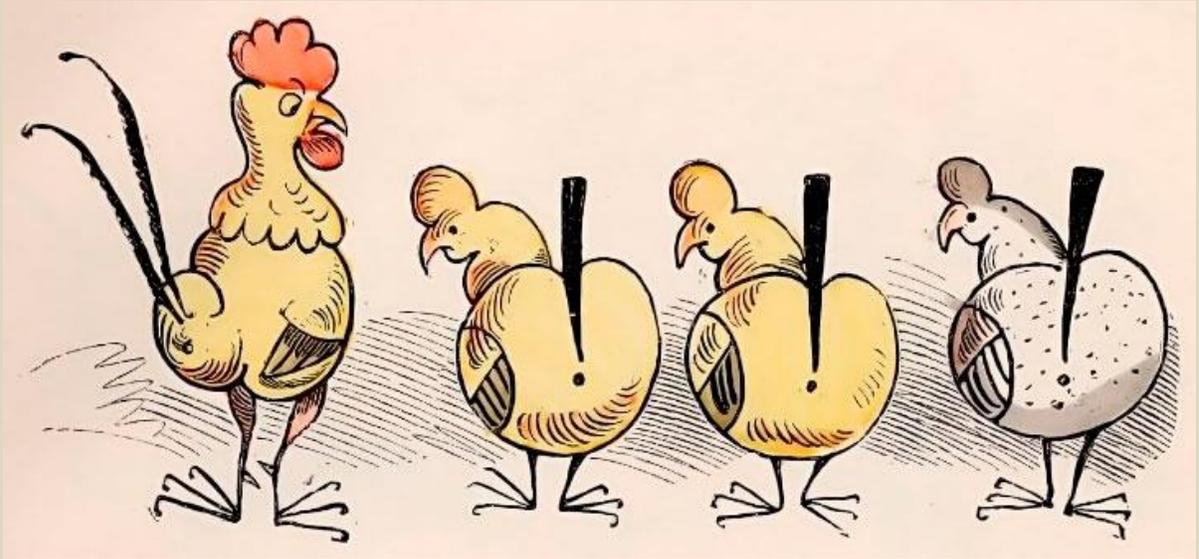
sus hazañas pinto y cuento.

PRIMERA TRAVESURA

A las aves de corral
se las mima, en general:
el huevo de la gallina
es el rey de la cocina,
y el que menos corre, vuela,
por un pollo a la cazuela;
las plumas, para acabar,
se pueden utilizar
de relleno en los colchones,
almohadillas y edredones.



Aquí está la viuda Blume,
que de frío se consume.



Estas son sus tres gallinas
y un gallo de Filipinas.

Max y Moritz, al acecho,
del dicho pasan al hecho.

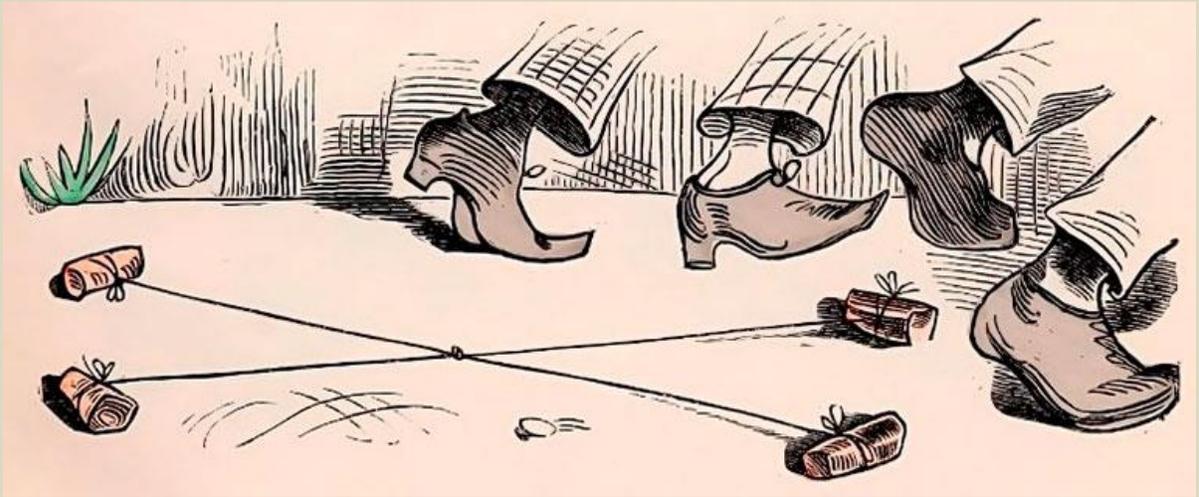
Con un pedazo de pan
fragan un astuto plan:

burla, burlando, los mozos

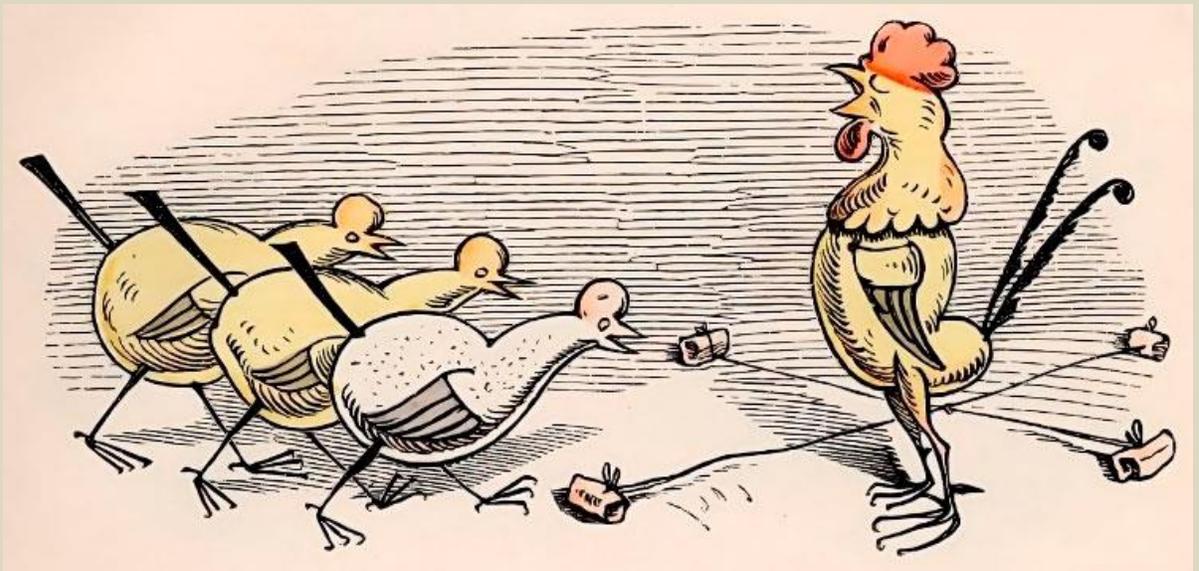
lo parten en cuatro trozos

y los atan luego en cruz,

veloces como la luz.

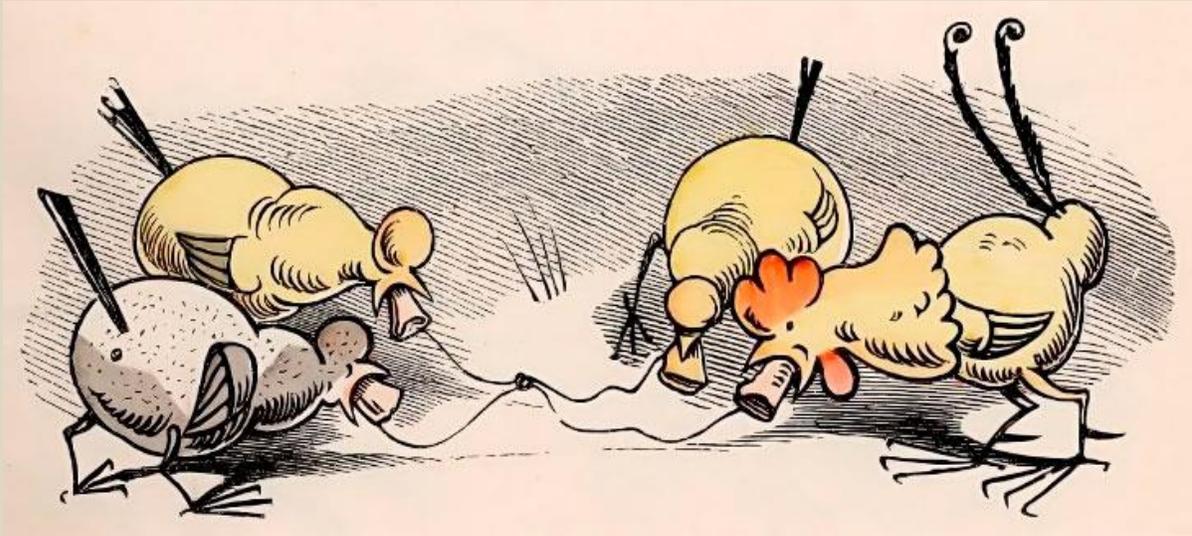


La pareja va y los deja
en el patio de la vieja.

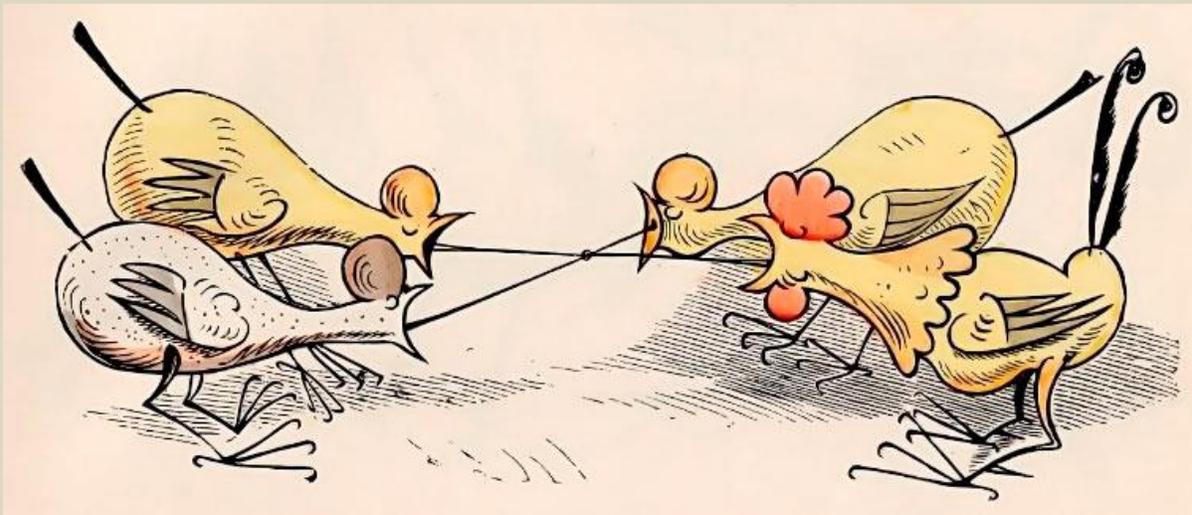


Cuando los divisa el gallo,
canta y convoca al serrallo:

«¡Por allá, no, por aquí,
tac, tac, tac, quiquiriquí! ».

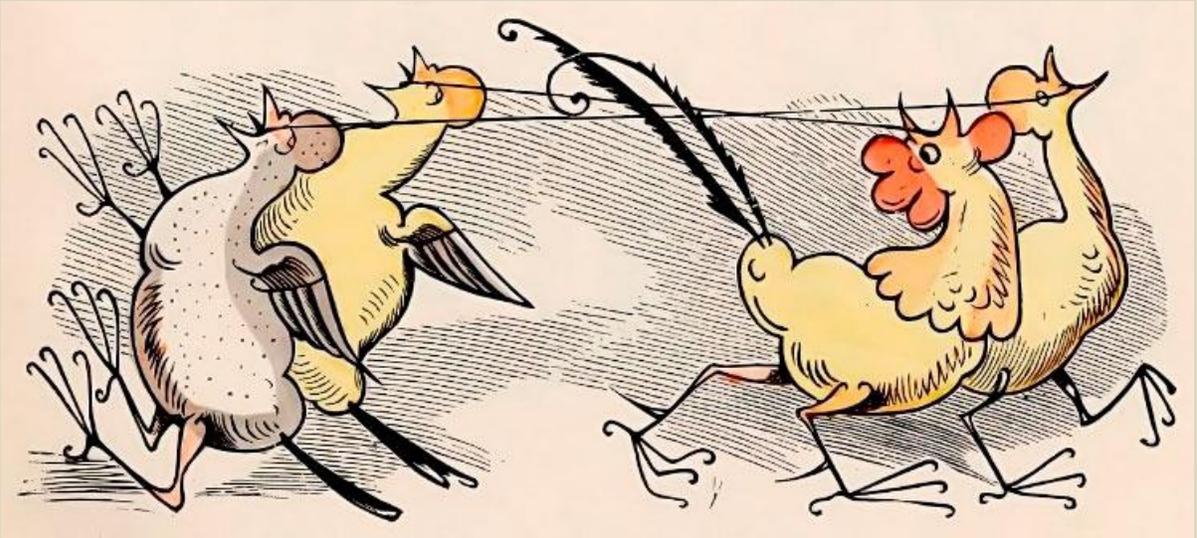


Como el pan es de su agrado
se lo tragan de un bocado;

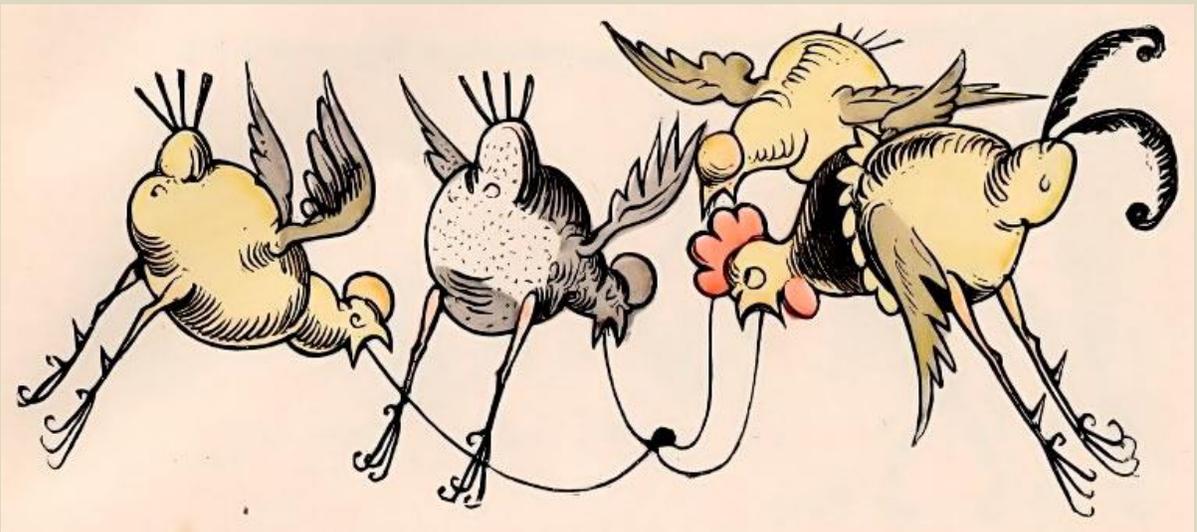


y a la hora de marcharse

ya no hay forma de soltarse.

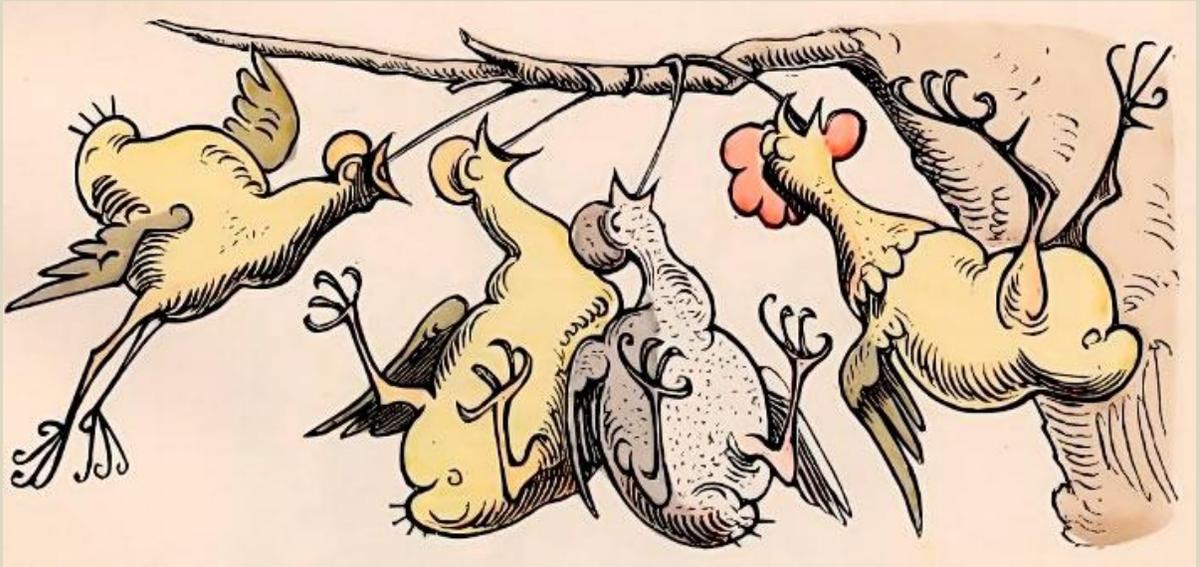


Una tira, la otra afloja,
sin encontrar vuelta de hoja.

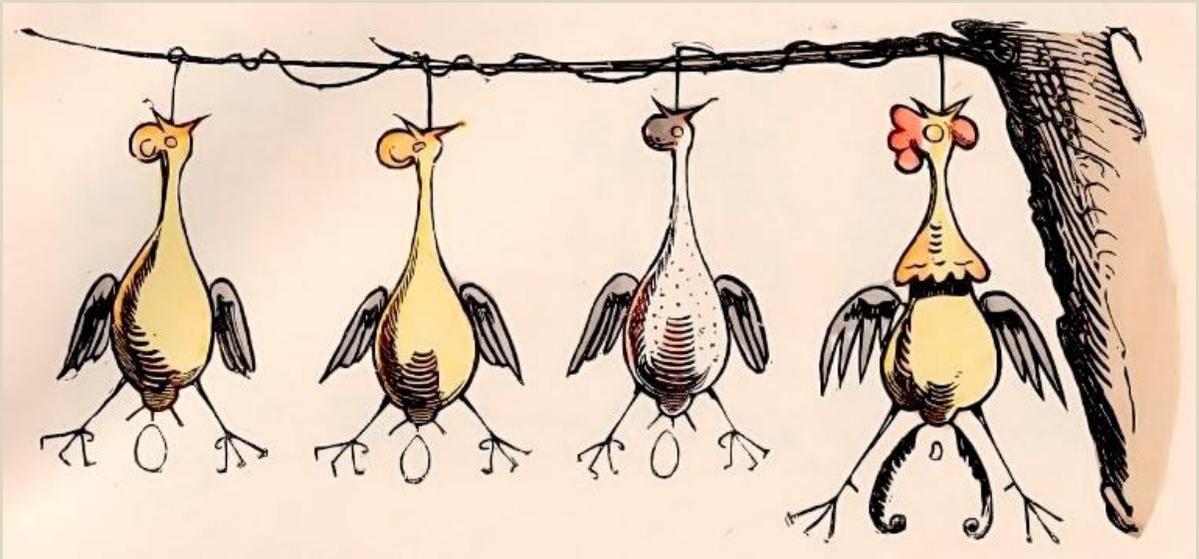


Alza el vuelo el gallinero

con singular desespero,



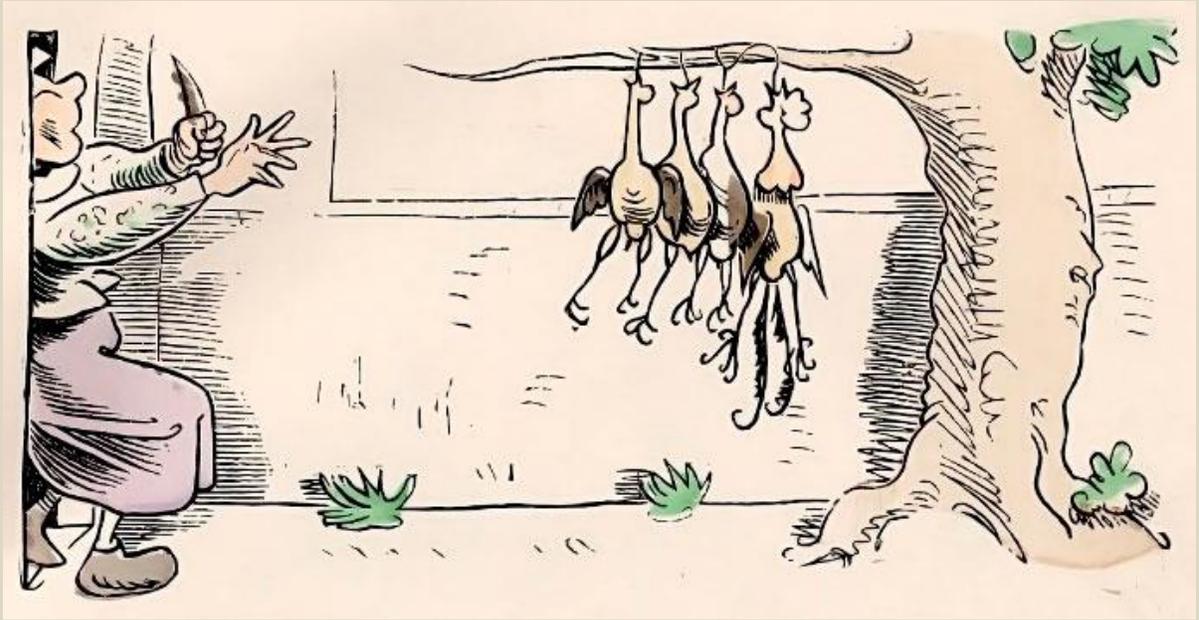
hasta que, desventuradas,
quedan de un árbol colgadas,
cacareando a degüello
mientras les resiste el cuello.



Aún ponen huevos, por suerte,
y se las lleva la muerte.



La viuda Blume, su ama,
las oye desde la cama.



Presintiendo lo peor,
sale de la casa, ¡ay, qué horror!

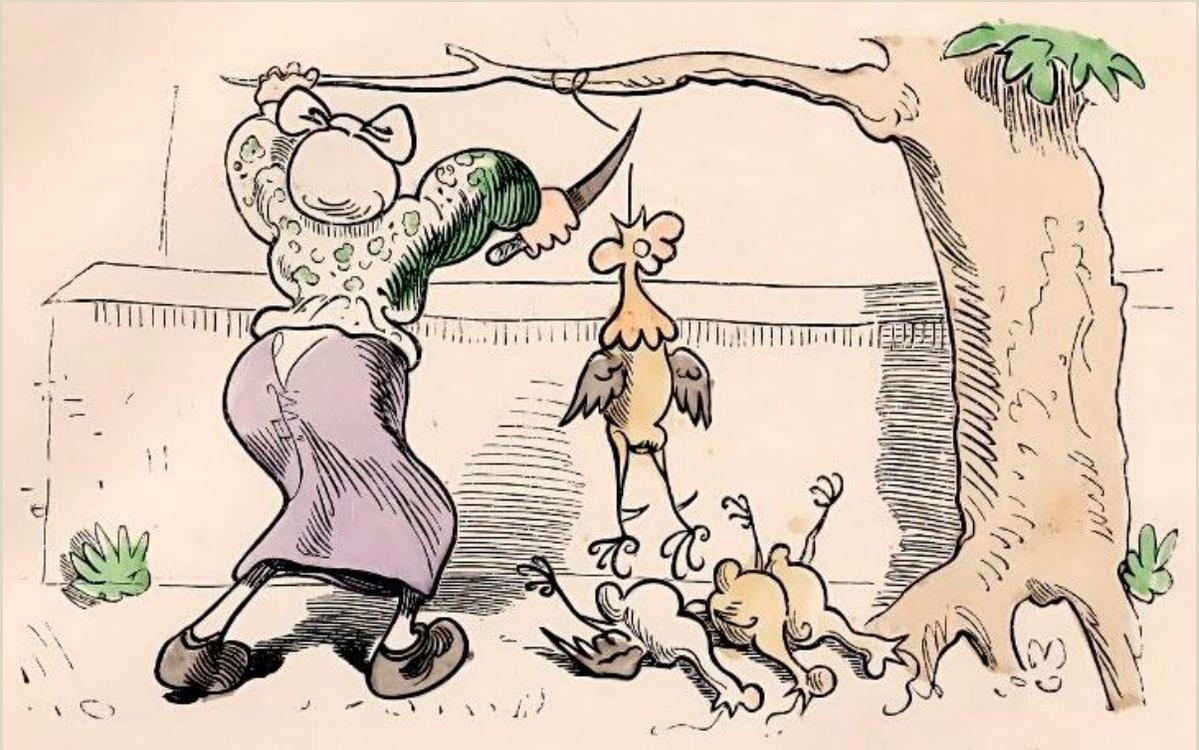


«¡Ojos que los veis, llorad,

volad nostalgias, volad!

¡Mis sueños penden en vano,

de la rama de un manzano! »



Con el corazón doliente
latiéndole amargamente,
la viuda, cuchillo en mano,
corta aquel nudo gordiano,



y con un mudo lamento,
se reintegra a su aposento.

La primera fue fatal,
la segunda, otra que tal...

SEGUNDA TRAVESURA

La viuda, apenas repuesta
de tan dolorosa gesta,
pensó que lo más prudente,
oportuno y conveniente,
era dar por fallecidos
a aquellos seres queridos,
y en recuerdo del pasado
reunirlos en un asado.
¡Qué tristeza contemplar
la desnudez, tan vulgar,
de unos pollos desplumados,
que en los días soleados
le alegraban patio y huerta,
escarbando, pico alerta!

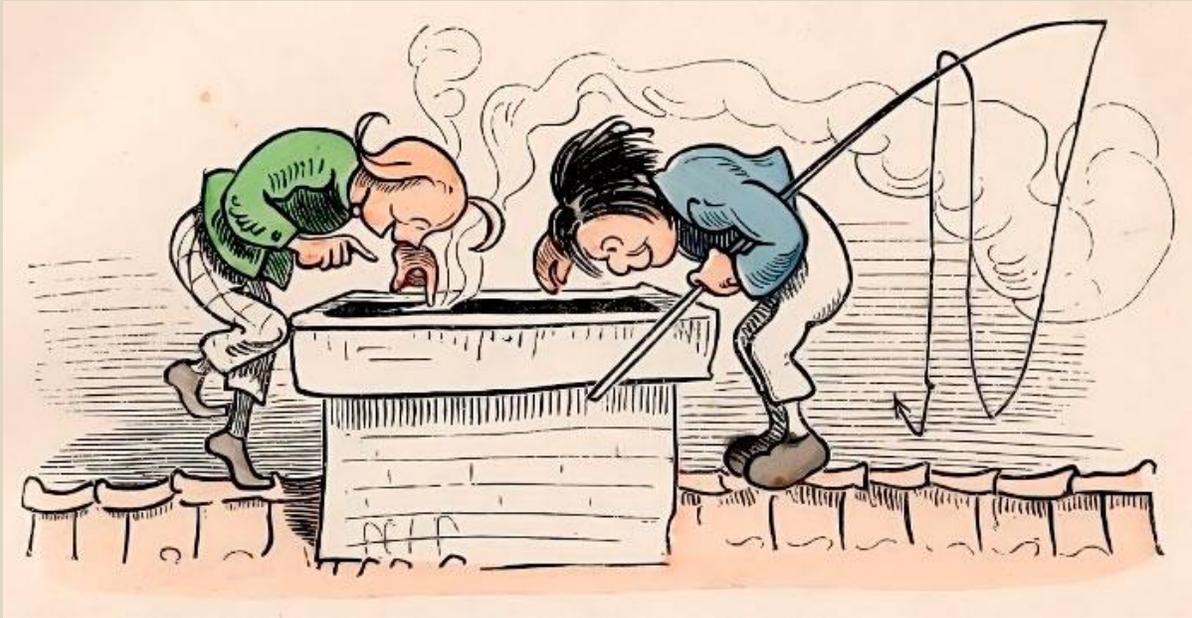


¡Ay, la viuda vuelve al llanto

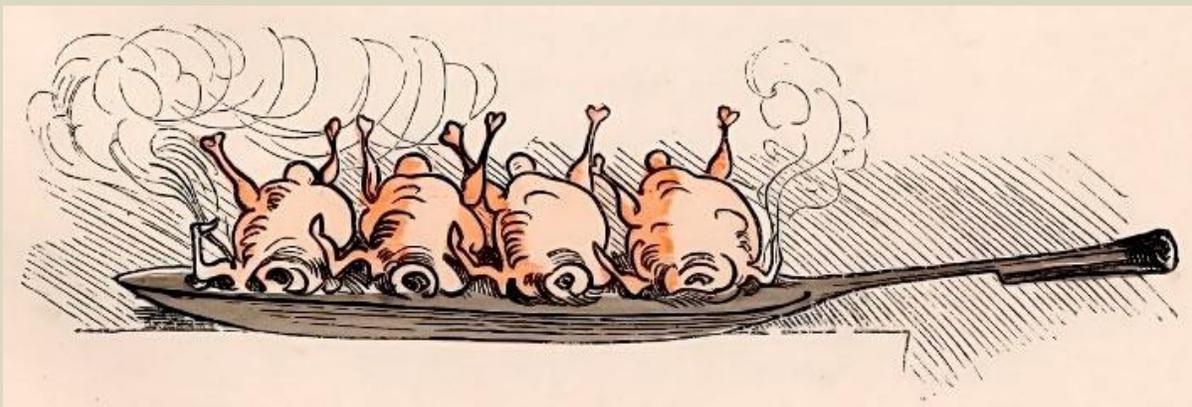
y el lulú casi otro tanto!

Max y Moritz se la olieron:

«¡Al tejado!», decidieron.



Desde allí, ¡qué gran idea!,
se ven, por la chimenea,
los pollos en la sartén,
dorarse en un santiamén.



La viuda Blume trasiega

con un plato en la bodega,



para sacar del barreño

una chucrut que es un sueño,

porque además de hacendosa,

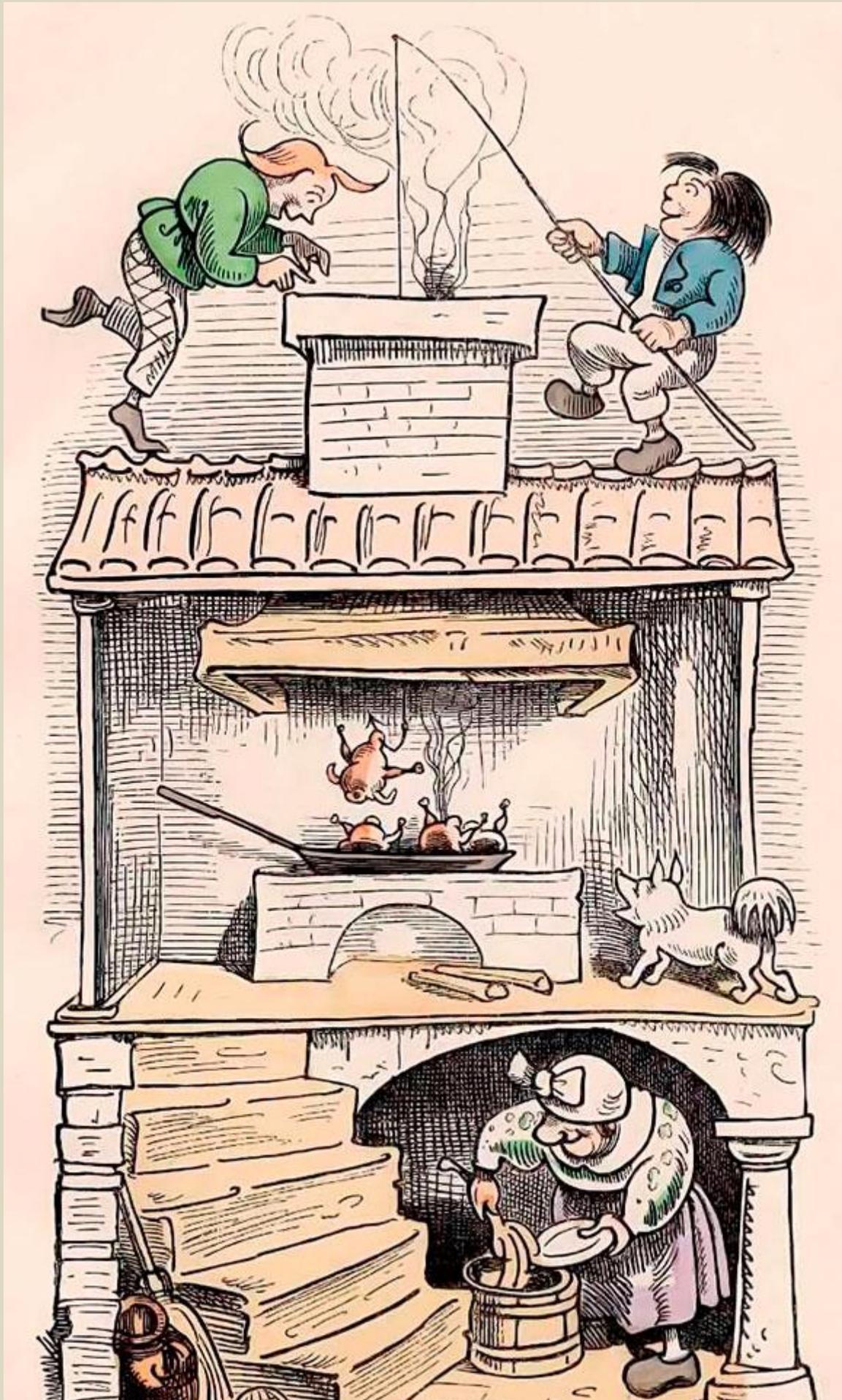
la viuda es mujer golosa.

Mientras tanto, en el tejado,

se prepara un atentado.

Max, angelito del cielo,

despliega caña y anzuelo.



¡La pesca del pollo asado
es un deporte arriesgado!
¡Hopla, ya picó el primero!
¡Y el segundo, y el tercero!
Luego el cuarto, de un tirón,
y se acabó la función.
El lulú, muy sorprendido,
suelta, de pronto, un ladrido,
mientras la pareja, airosa,
pone pies en polvorosa.



La viuda Blume no es sorda,
¡aquí se va a armar la gorda!
«¡Dios del cielo! ¡Ave María!

¡La sartén está vacía!»



No queda ni un solo pollo.

«¡Lulú, tragón! » ¡Ay, qué embrollo!



«¡Chucho ladrón de lo ajeno,
vas a saber lo que es bueno!»



A cucharazos le atiza
una soberbia paliza;
y el lulú gime y se aleja,

sin comprender a la vieja.



Max y Moritz, a cubierto,
roncan a dúo un concierto.

Y de aquel gran atracón,
dos muslos testigos son.

La segunda fue fatal,
la tercera, otra que tal...

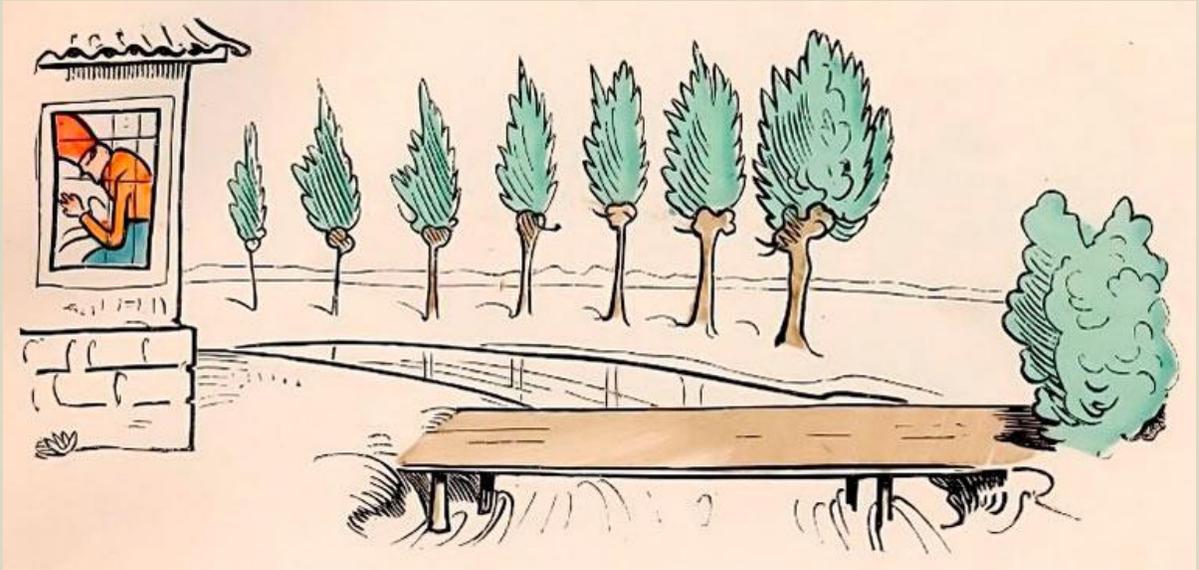
TERCERA TRAVESURA

Todo el pueblo conocía
a Segismundo García.

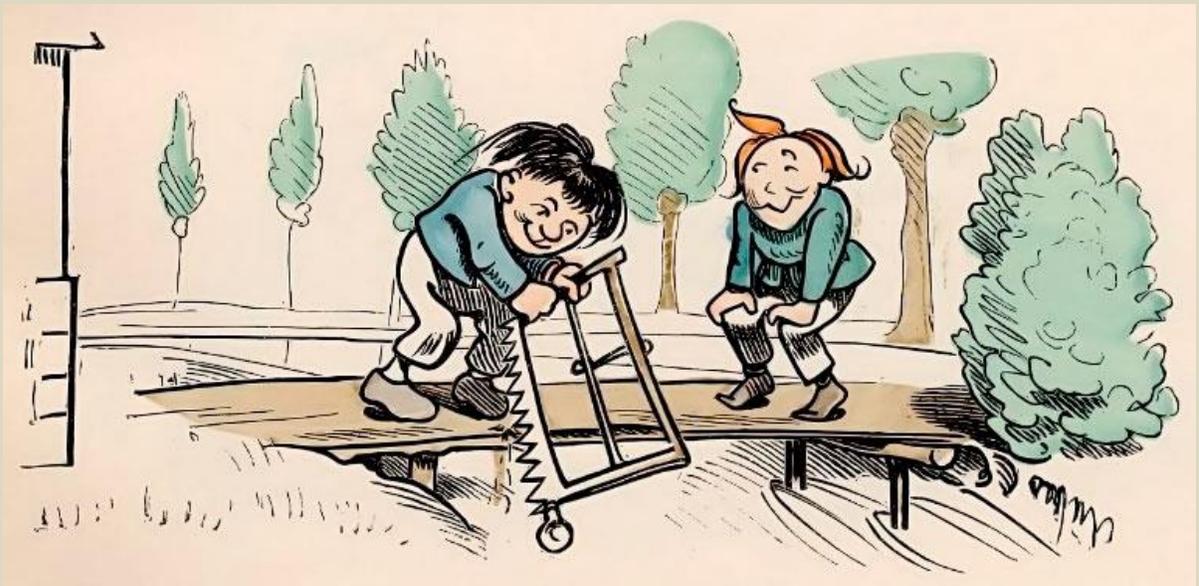


Confeccionaba gabanes,
tabardos y macferlanes,
levitas, capas, calzones,
zamarras y pantalones
aquel buen sastre García,
con indudable maestría.

Alargaba, remendaba,
estrechaba o ensanchaba
y pegaba los botones
suelos de los pantalones
donde fuera y lo que fuera,
codo, cuello o la culera,
desde un roto a un descosido:
para sastre había nacido.
Por eso aquí todo el mundo
quiere tanto a Segismundo.
Max y Moritz, los villanos,
algo se traen entre manos:
de García es fiel vecino
un arroyo cristalino,



y una tabla en el arroyo,
sirve al camino de apoyo.



Max y Moritz, frente a frente,
sierran sigilosamente,

¡sierra que te serrarás,
hasta que no pueden más!
Junto al cuerpo del delito,
exclaman a voz en grito:



«¡Sal, Segismundo, mal sastre!
¡Sal si te atreves, pillastre!».

El maestro Segismundo
nunca fue un hombre iracundo;
pero ante el ultraje aquel,
se le revolvió la hiel.



Con la vara de medir
lo ven de casa salir,
y vuelve a mofarse de él
aquella pareja cruel.



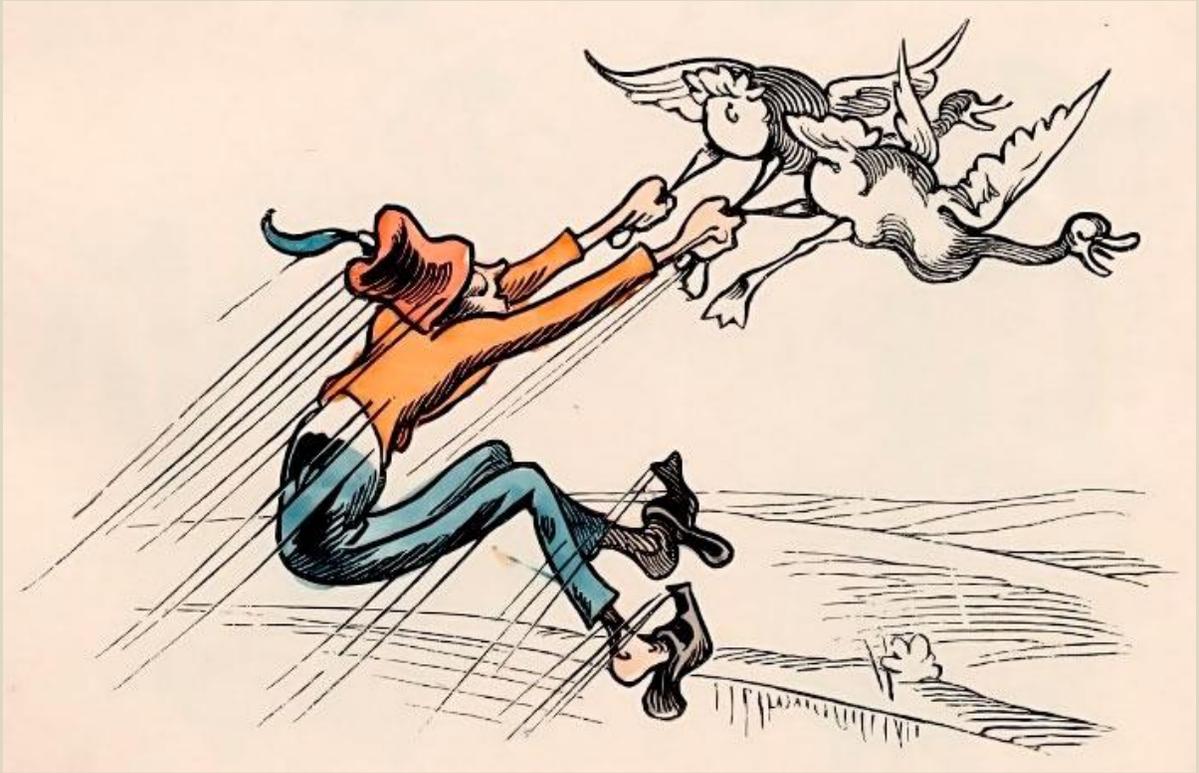
Llega al puente, de ella en pos,
¡y el puente se parte en dos!



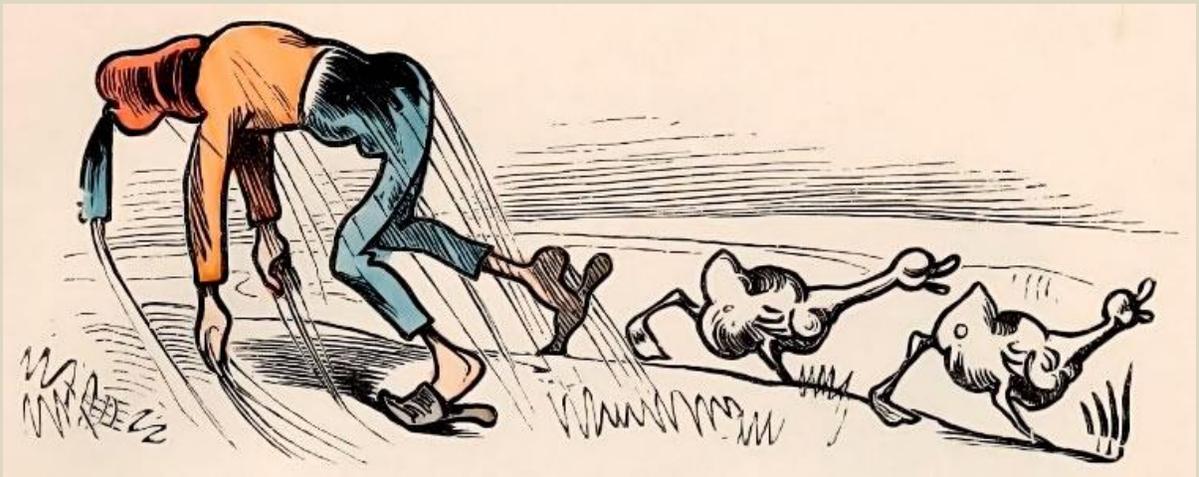
Cae al agua del torrente
y lo arrastra la corriente.



Nadan por allí dos gansos,
aparentemente mansos,
y desesperado el sastre,
busca en las aves arrastre.

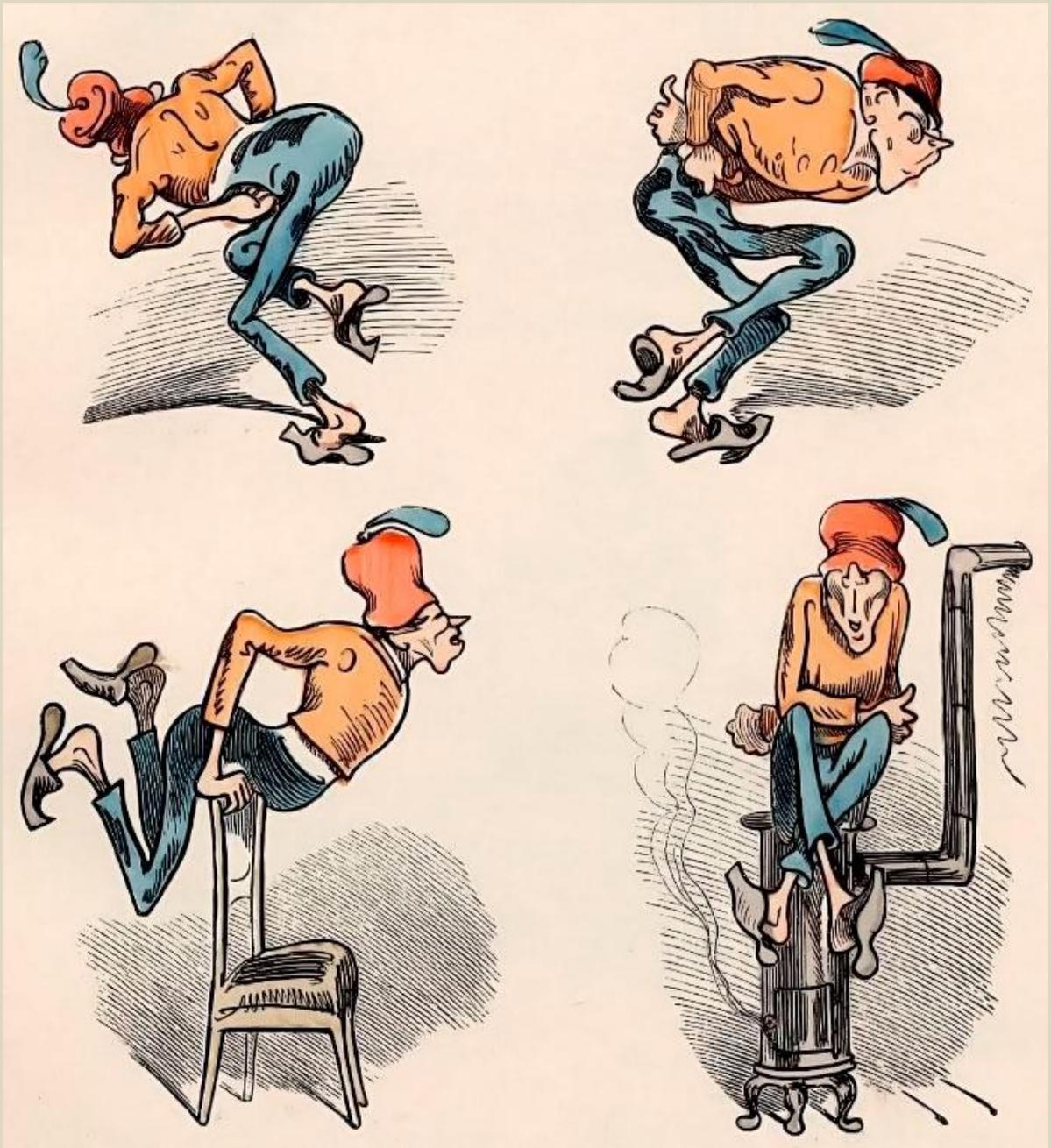


Los gansos alzan el vuelo
y lo devuelven al suelo.



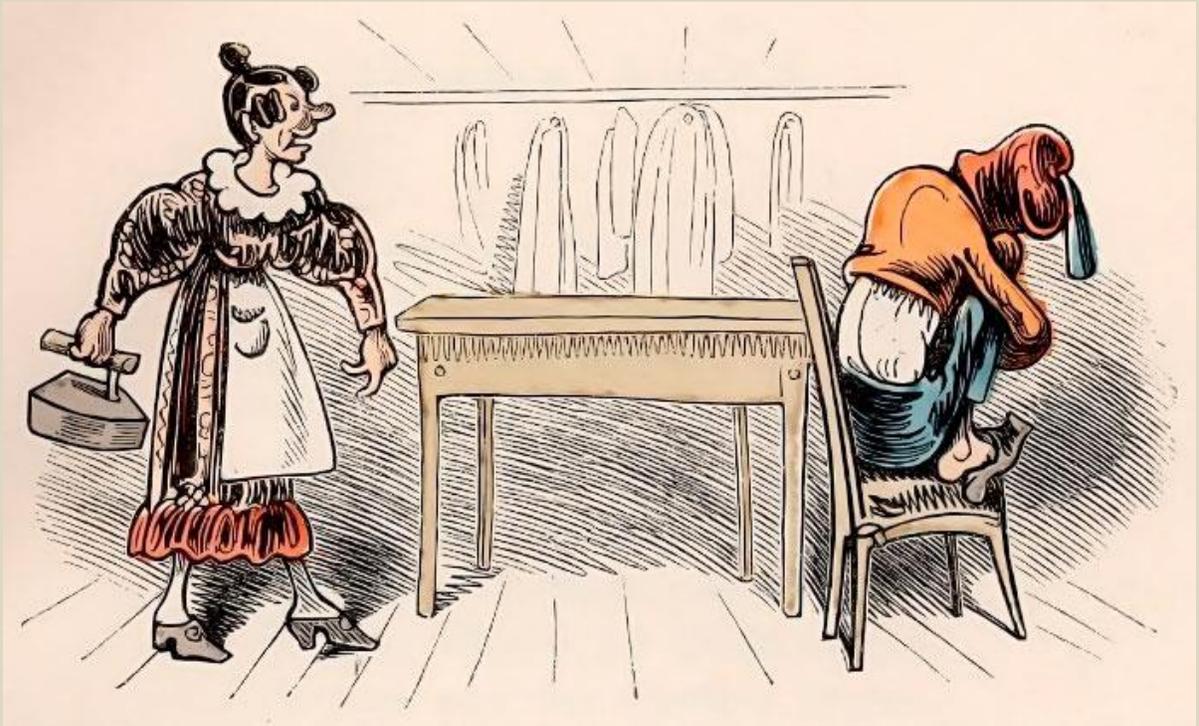
¡A Segismundo, la broma,

lo deja al borde del coma!



De aquella mortal fatiga

le entró dolor de barriga.



Menos mal que su señora
con la plancha lo mejora:
un sencillo tratamiento
alivia al punto el tormento.



Todo el pueblo se ha enterado:

¡Segismundo está curado!

La tercera fue fatal,

y la cuarta, otra que tal...

CUARTA TRAVESURA

A nadie estorba el saber

ni está de más aprender.

Conocer el alfabeto

merece el mayor respeto,

pero no basta con eso:

hay que avivar siempre el seso;

multiplicar es un arte

y el que parte, bien reparte,

pero no hay mejor lección

que de un sabio la opinión.

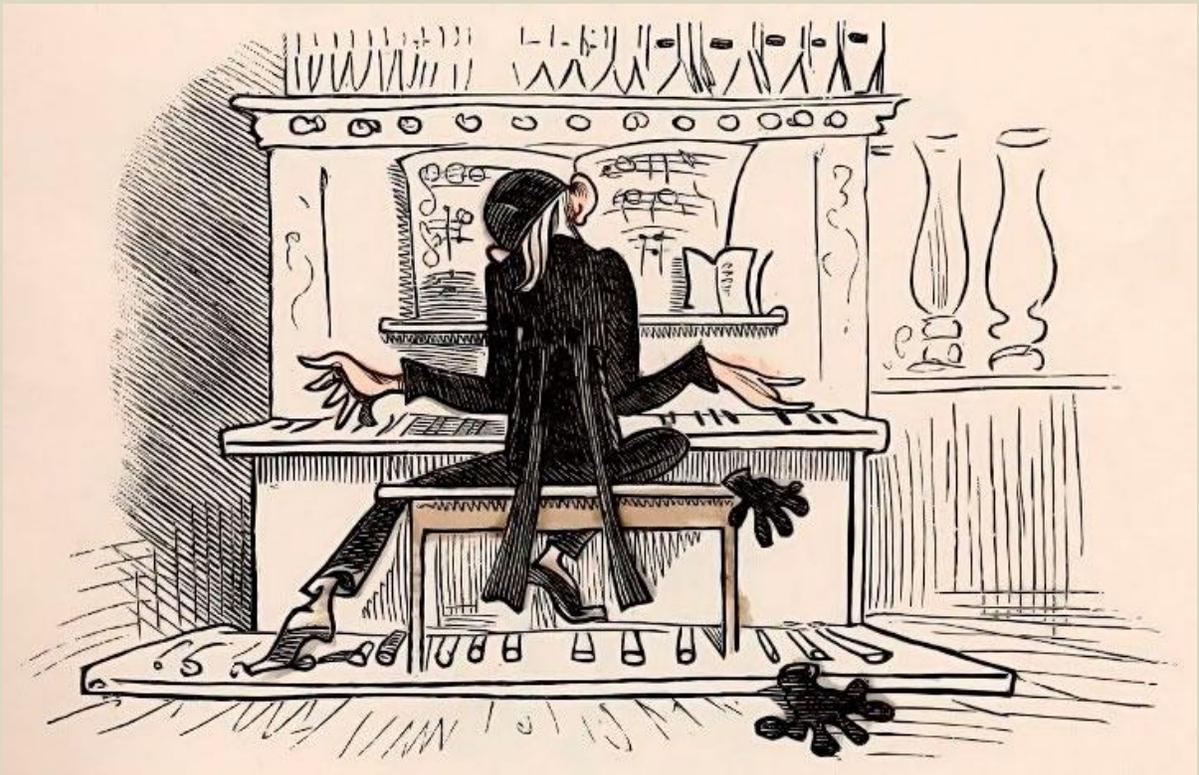


Maese Petrus, al respecto,
era sabio y era recto.

Max y Moritz, por lo tanto,
lo odiaban Dios sabe cuánto,
que el que es malo y es siniestro,
no hace caso del maestro.

Petras era probo, flaco
y aficionado al tabaco,
vicio que en otros es culpa
y en él merece disculpa,

porque ayuda a soportar
fatigas y mal pasar.
Max y Moritz, esta vez,
traman otra insensatez:
darle al maestro un buen susto
con las pipas, y un disgusto.



Maese Petras, el domingo,
como siempre sin distingo
toca el órgano con brío

en la iglesia de San Pío.
Y aquellos dos revoltosos
se introducen, cautelosos,
en casa del organista,
de las pipas tras la pista.



Max, con la cachimba en mano,
se apresura: «¡Al grano, al grano!»,
y Moritz carga y aprieta
pólvora en la cazoleta.
Luego se largan, deprisa,
antes que acabe la misa.



Maese Petras reza un Ave
y después cierra con llave;
tras cumplir con su deber,
que es de sabios menester,



regresa a casa contento
en busca de esparcimiento.



Las delicias del hogar
son descansar y fumar.



«¡Gozar, aunque no se estila,
de una conciencia tranquila!»



¡Cataplum! ¡Una explosión!

¡La cachimba hecha cañón!

¡Saltan jarro, taza, pluma,

tabaco, tintero, en suma,

se esparcen por el salón

estufa, mesa y sillón!



Cuando el humo se disipa,
tras la explosión de la pipa,
Maese Petrus, bien que vivo,
tiene un aire llamativo



de carbonero africano,
disfrazado de cristiano.

Y es grande su desconsuelo,
porque no le queda un pelo.

La escuela llora la ausencia
del hondo pozo de ciencia.

¿Quién va a suplir sus funciones,
sus magistrales lecciones?

¿Cómo va a fumar ahora,
pensando en tan negra hora?



Maese Petras mejoró,
la cachimba, en cambio, no.

La cuarta ha sido fatal,
y la quinta, otra que tal...

QUINTA TRAVESURA

El que tenga un tío carnal

no debe tratarlo mal:

será cortés y discreto,

con el debido respeto.

Es conveniente decirle:

«¡Aquí estoy, para servirle!».

«¿Le apetece alguna cosa? »

«¿Bicarbonato de sosa? »

«¿La Gaceta? » ¡Lo que diga!

«¿Que le rasque la barriga...?»

Así ha de ser un sobrino:

diligente, atento y fino.

Todo tiene su porqué,

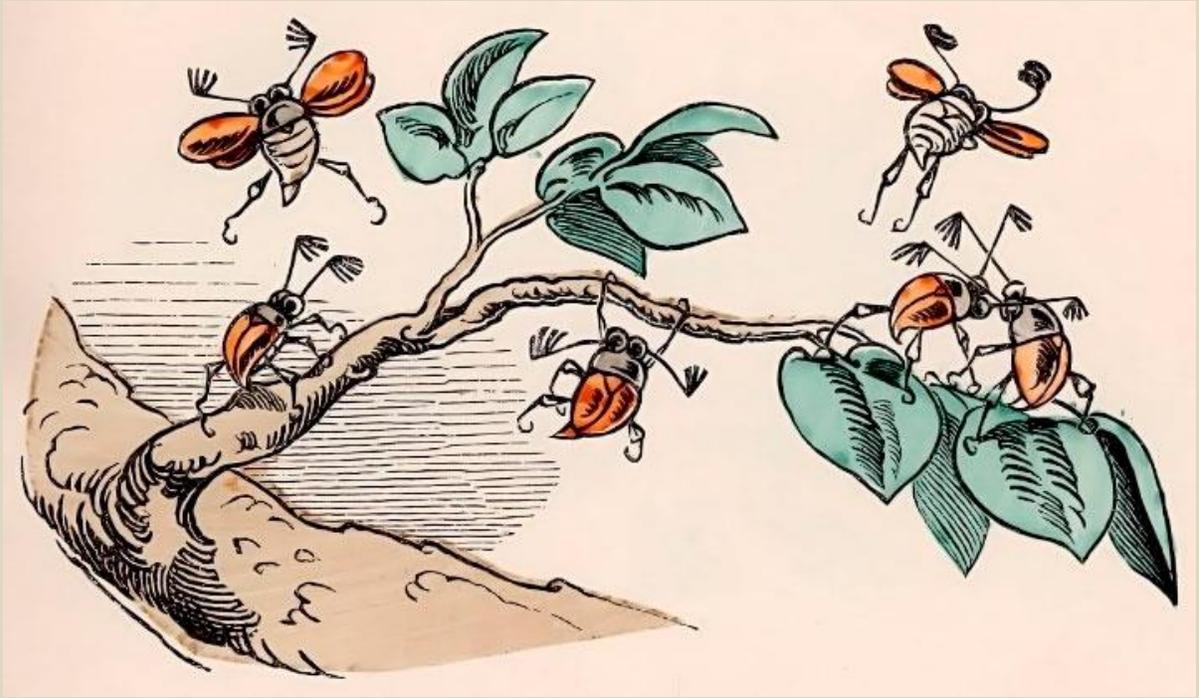
hasta el tabaco rapé,

y al oír el patatús,

hay que responder: «¡Jesús!».

Y cuando caen cuatro gotas,
hay que sacarle las botas,
si hace frío, de rodillas,
ponerle las zapatillas;
resumiendo: noche y día
hay que estar sirviendo a usía.

A Max y Moritz todo esto
les parecía molesto.
Y a su respetable tío,
lo metieron en un lío.
Del abejorro la vida
suele ser bien conocida.

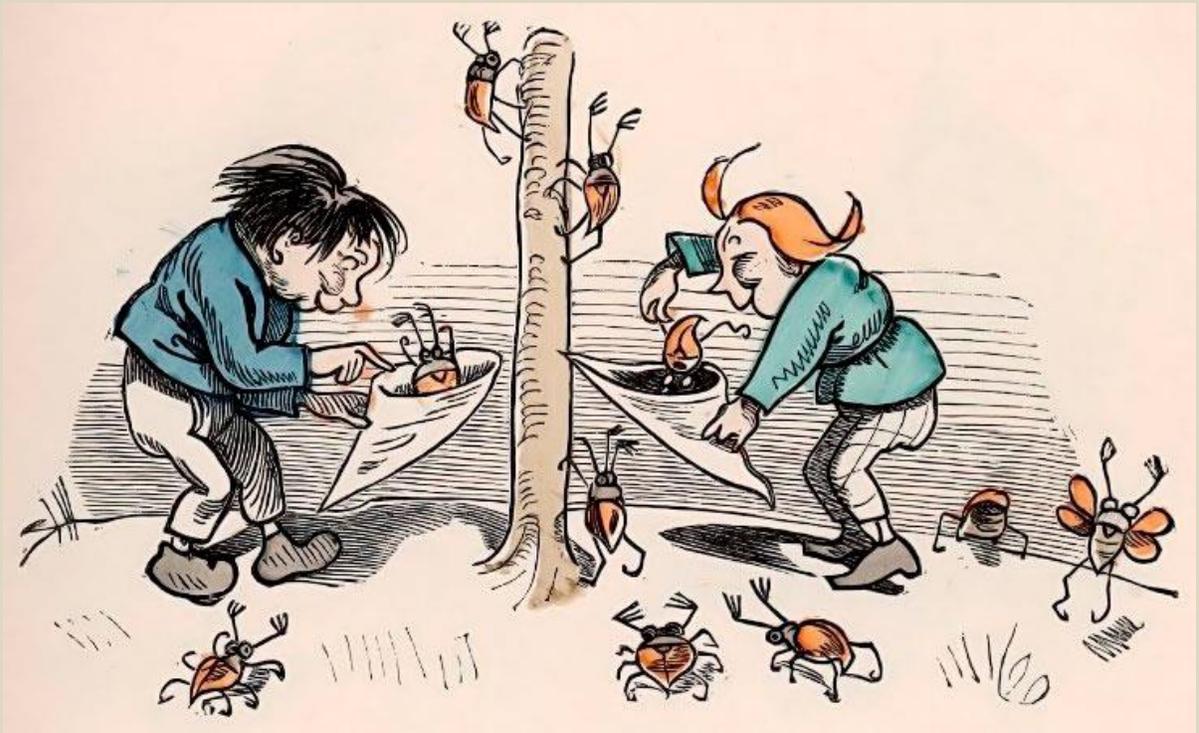


Gustan de volar zumbando

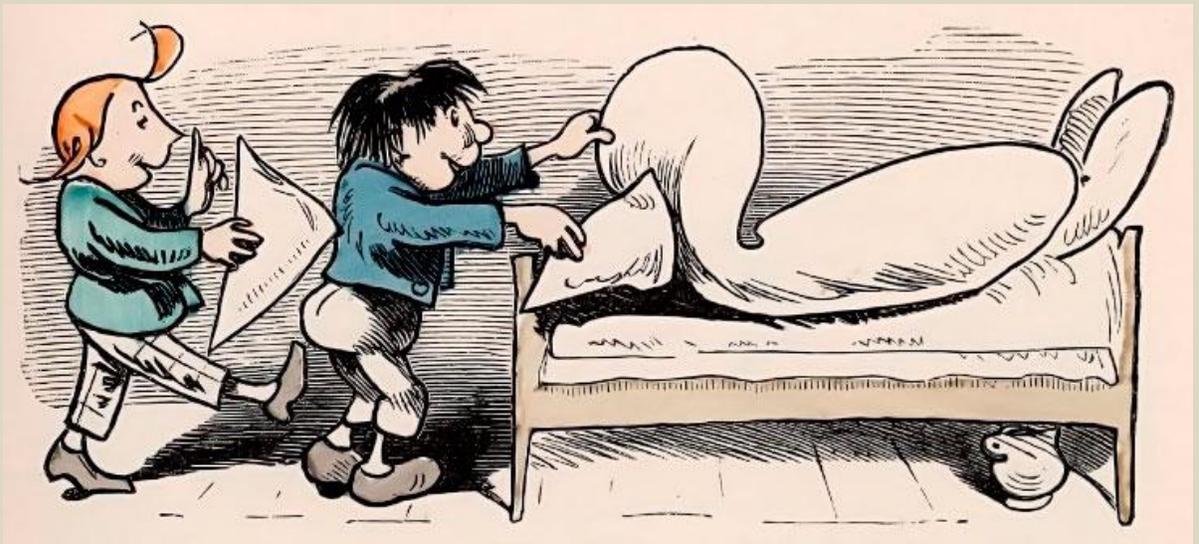
de hoja en hoja, alborotando,



La pareja, en son de guerra,
los obliga a tomar tierra.

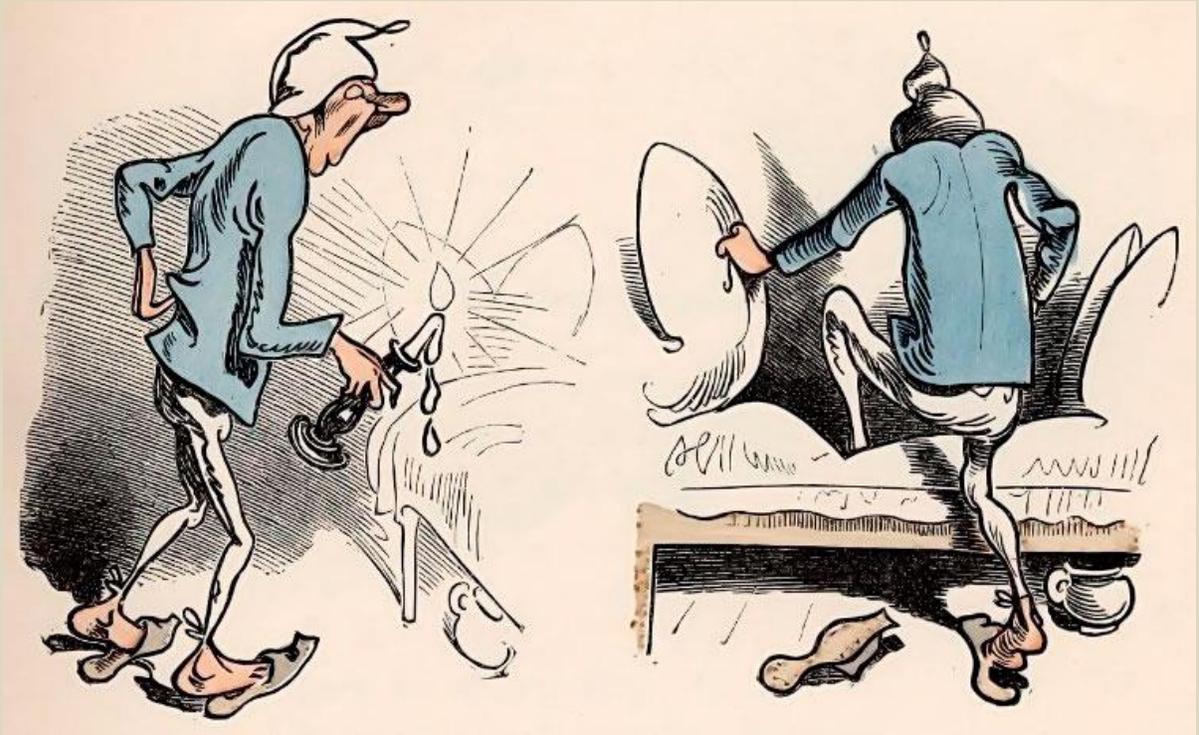


Y como han caído muchos,
rellenan dos cucuruchos,

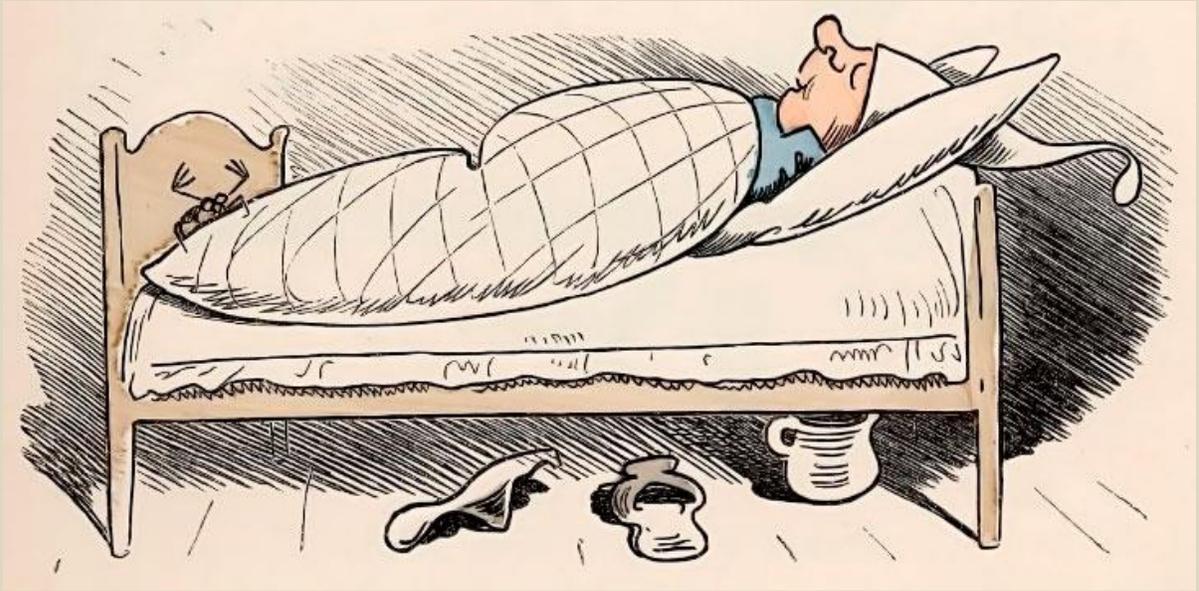


que esconden, rápidamente,

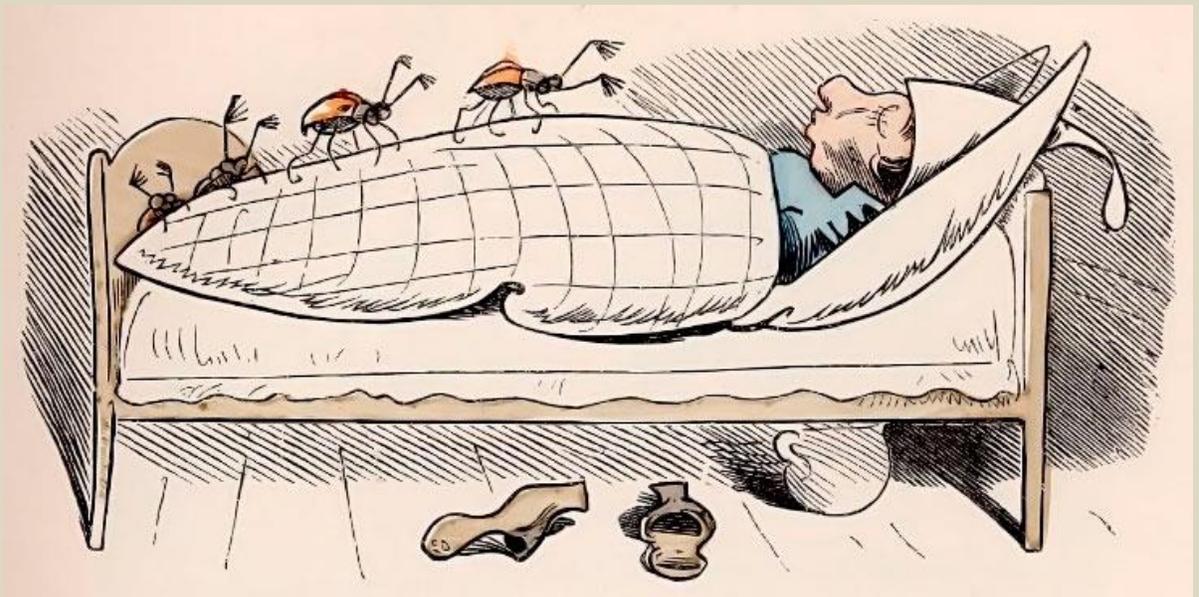
en la cama del pariente.



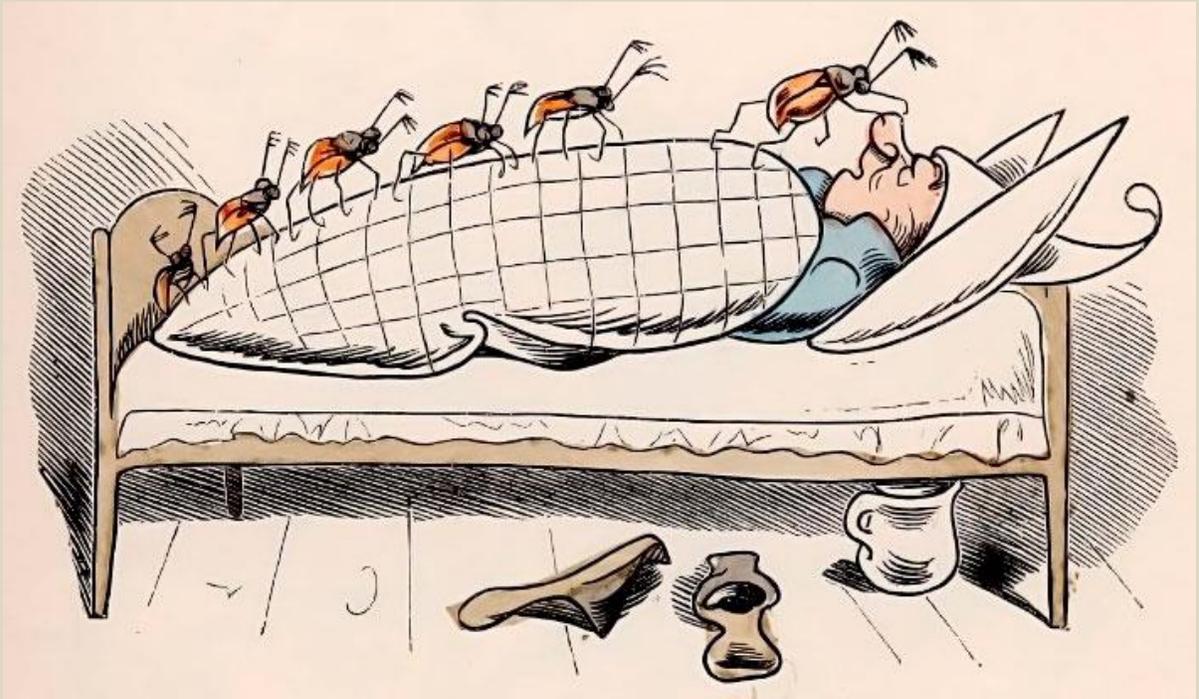
Aquí sale a relucir,
con su gorro de dormir;



se tapa, bien tapadito,
y ronca como un bendito.



Del edredón por los forros,
asoman los abejorros.

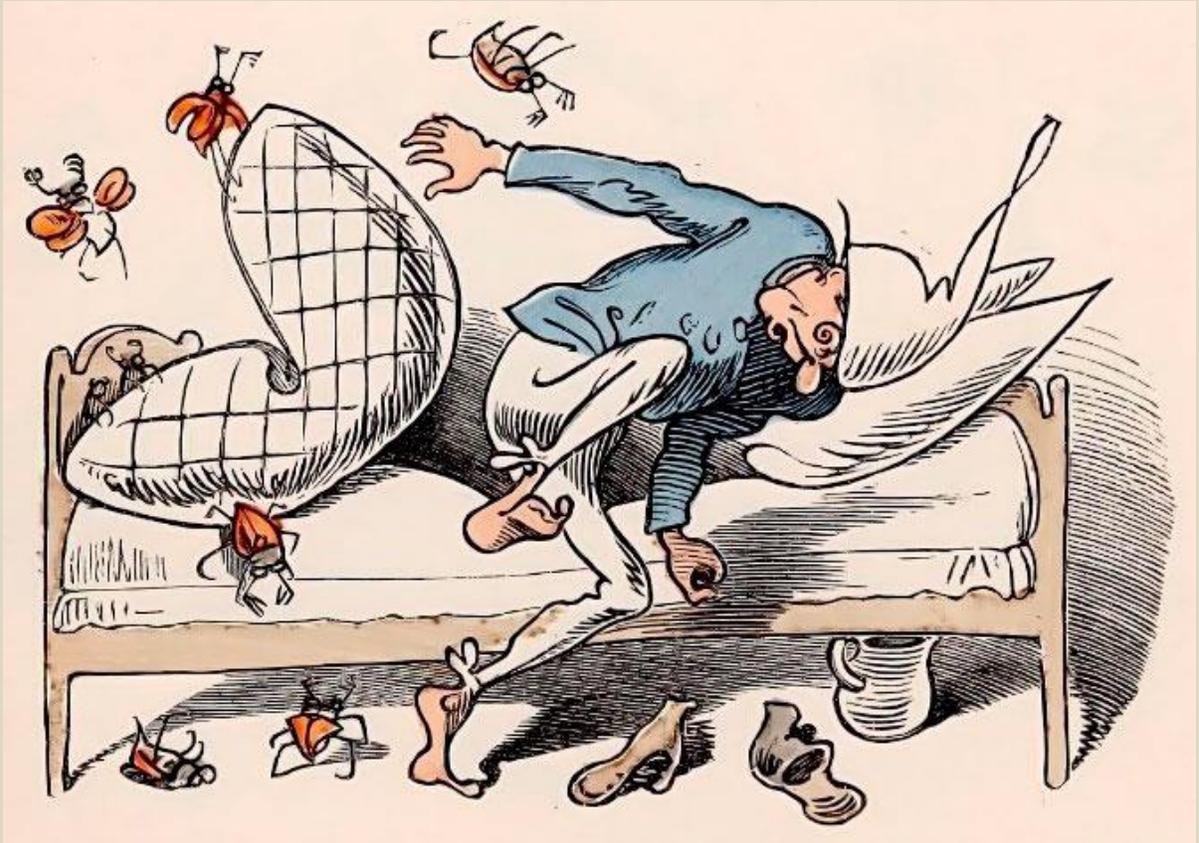


El primero de la fila
por la nariz se le enfila.

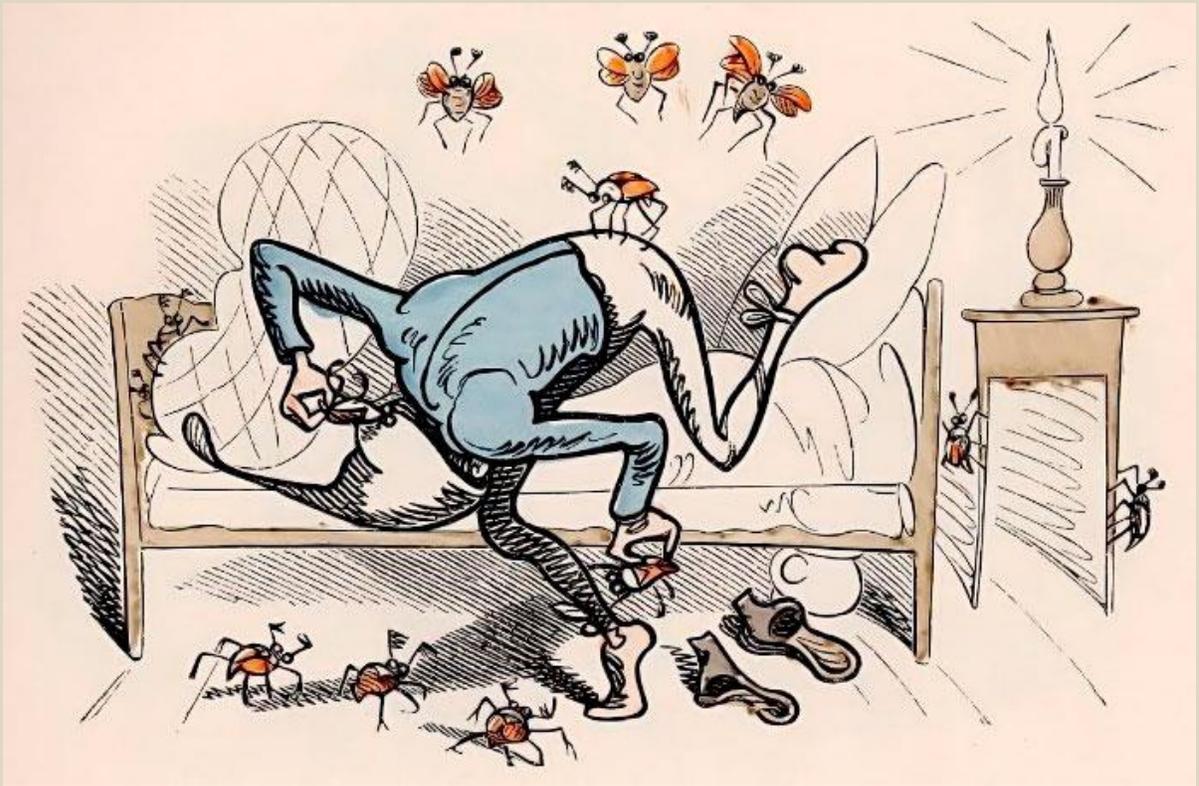


«¡Demonios! ¡Un vil insecto!»,

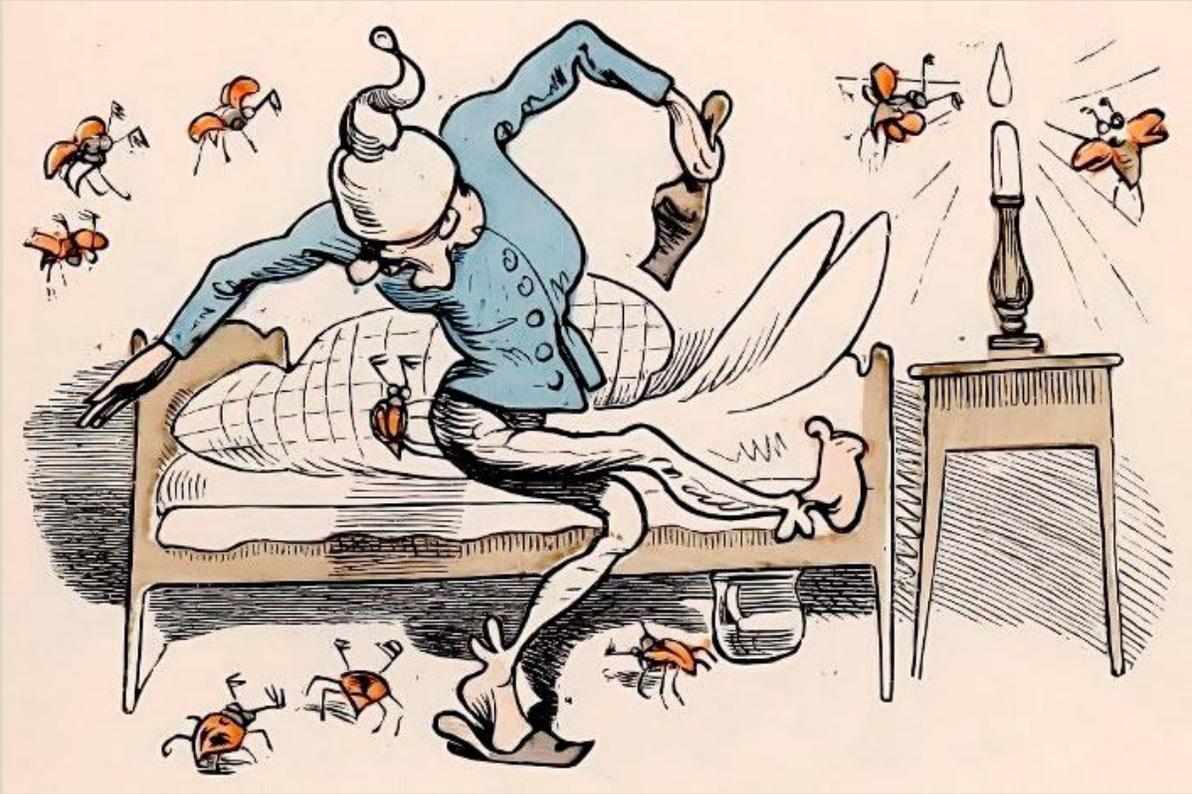
y captura al interfecto.



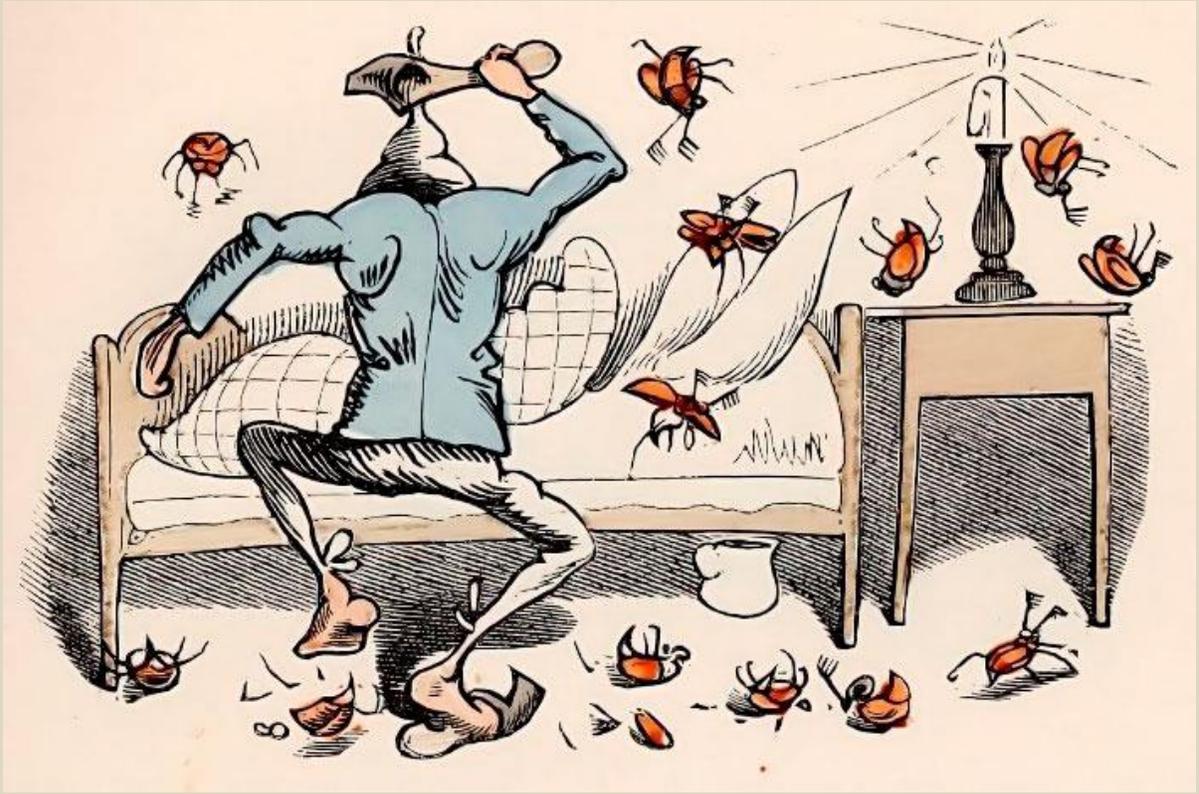
Luego, al ver que son legión,
le da un vuelco el corazón.



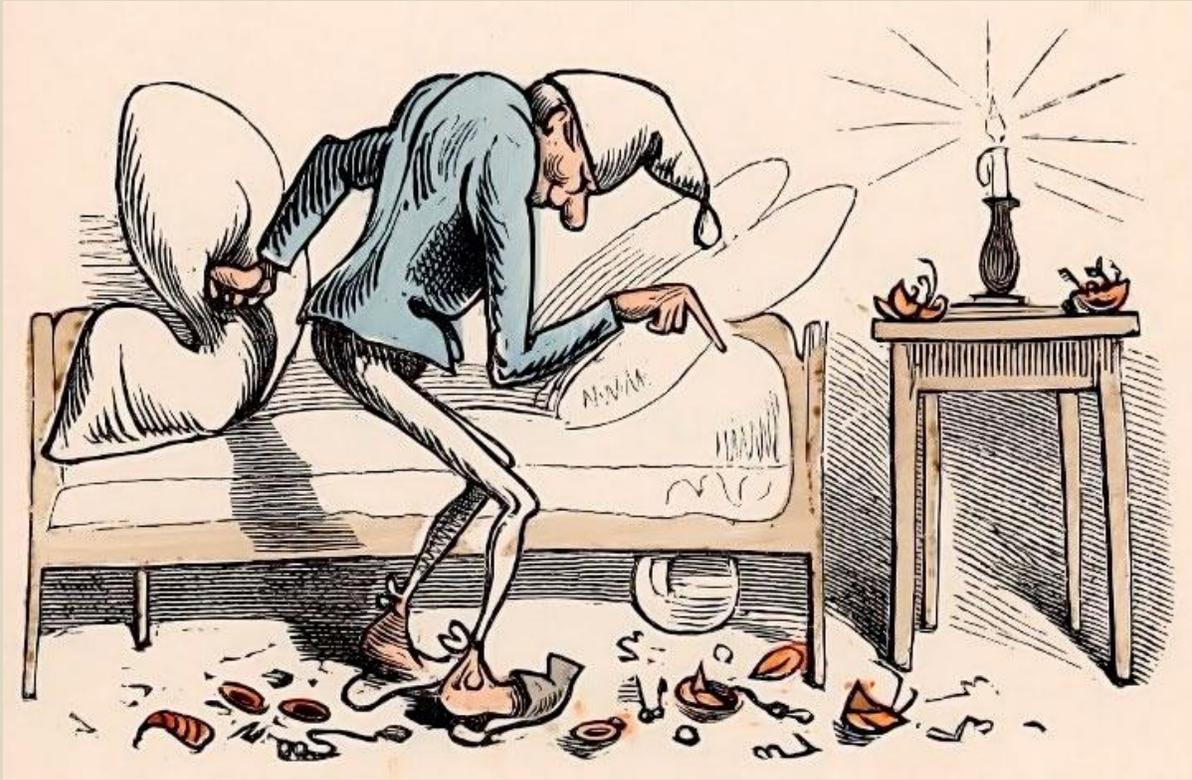
Los bichos, con malas artes,
lo acosan por todas partes,



zumban y revolotean,
hasta que al tío marean.

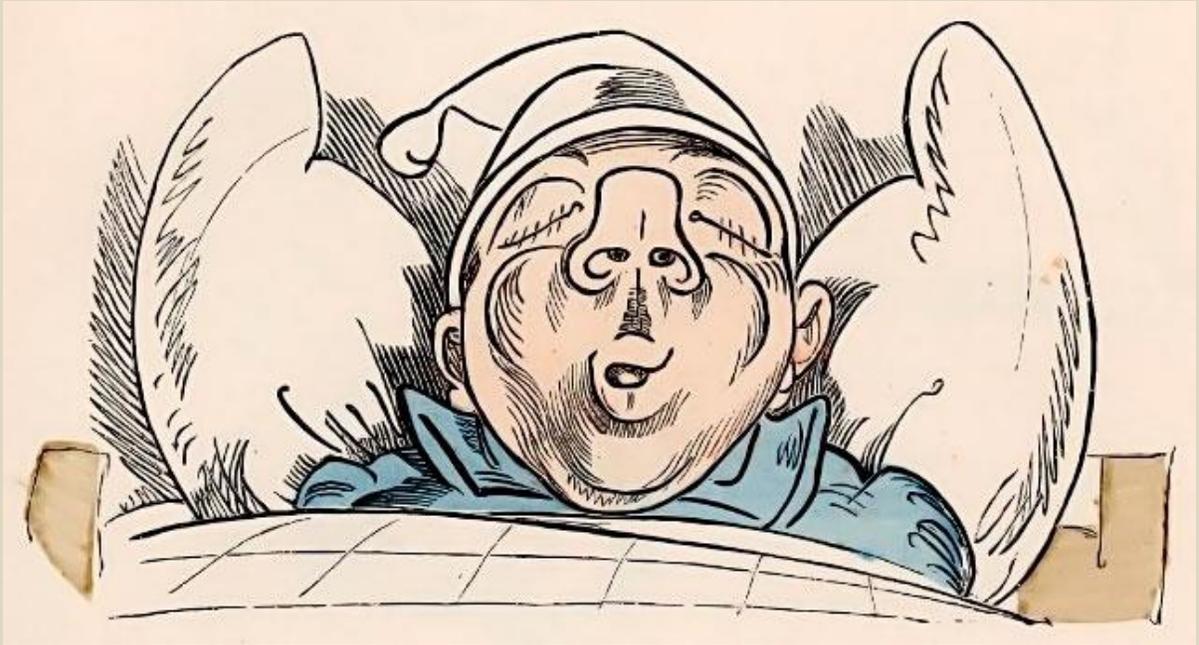


En asuntos de emergencia,
se recurre a la violencia:



después de aquel correctivo,

no queda abejorro vivo.



Y tras tamaño ajeteo,
cae en brazos de Morfeo.
La quinta ha sido fatal,
y la sexta, otra que tal...

SEXTA TRAVESURA

Por Pascua, los pasteleros

amasan dulces caseros:

tartas, bollos, pastas finas,

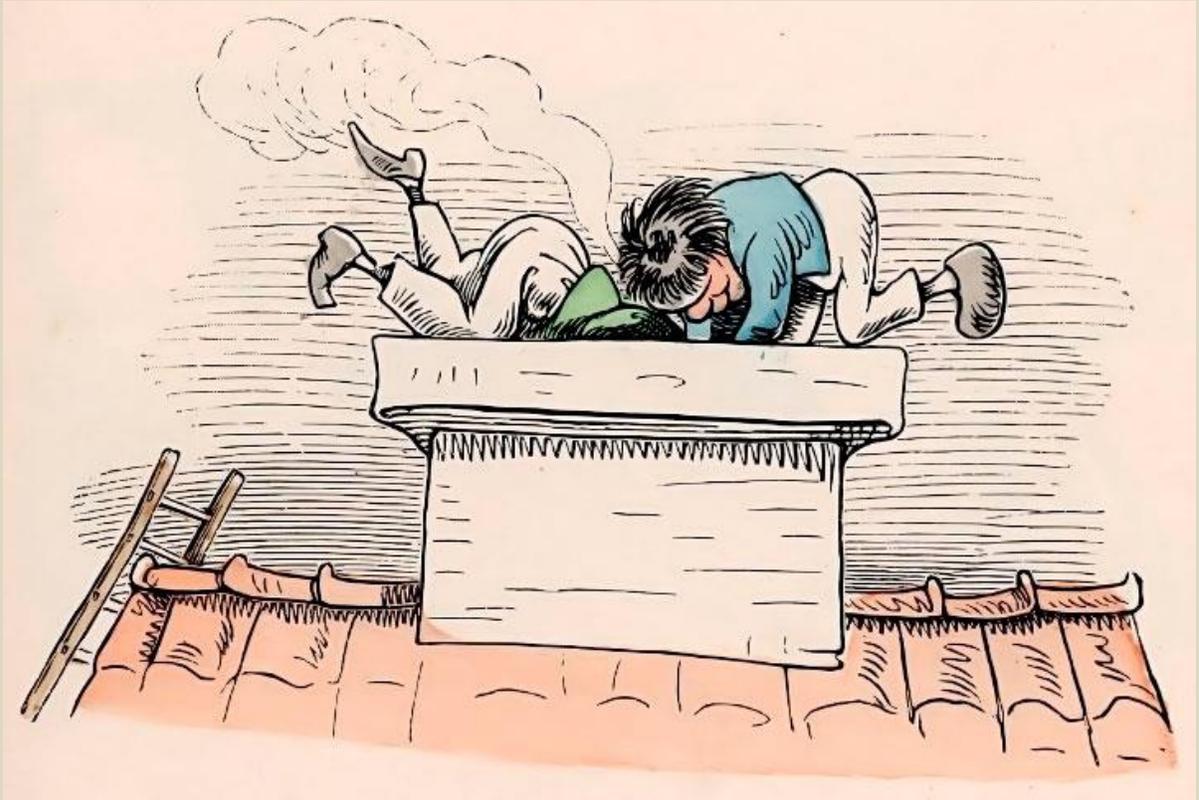
bizcochos y golosinas.

Max y Moritz, que lo saben,

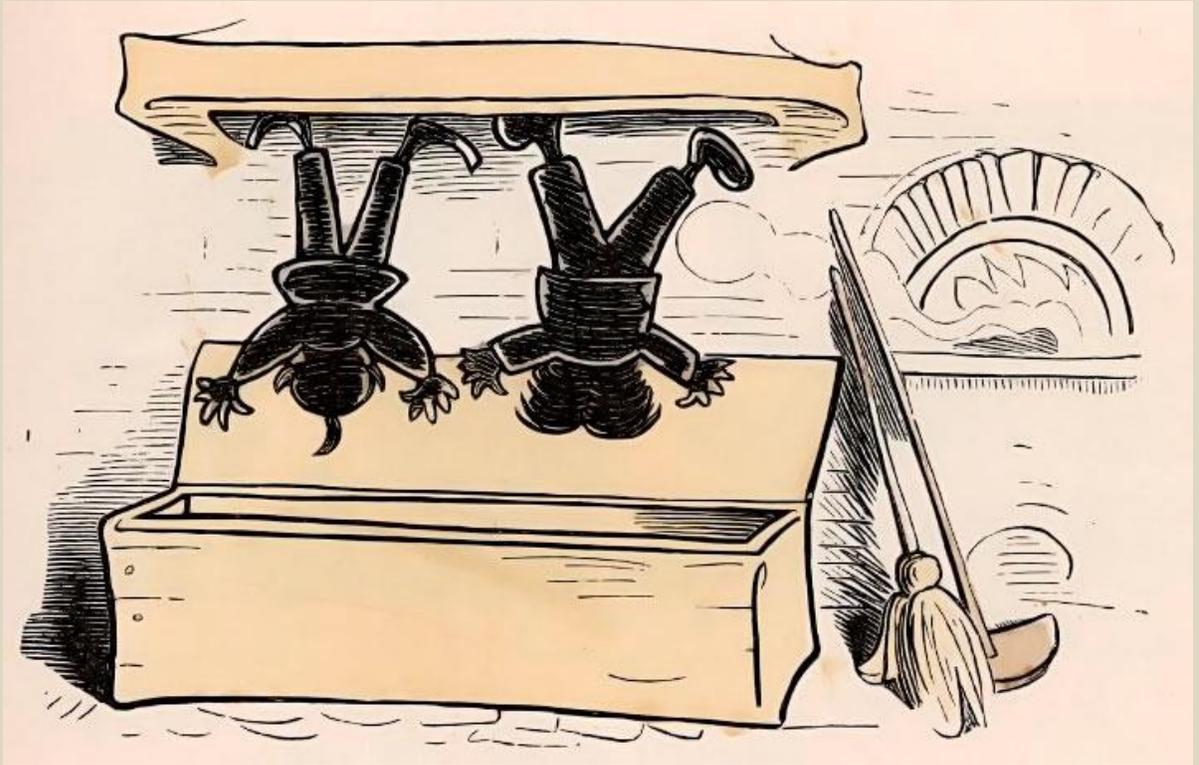
en sí de gozo no caben.



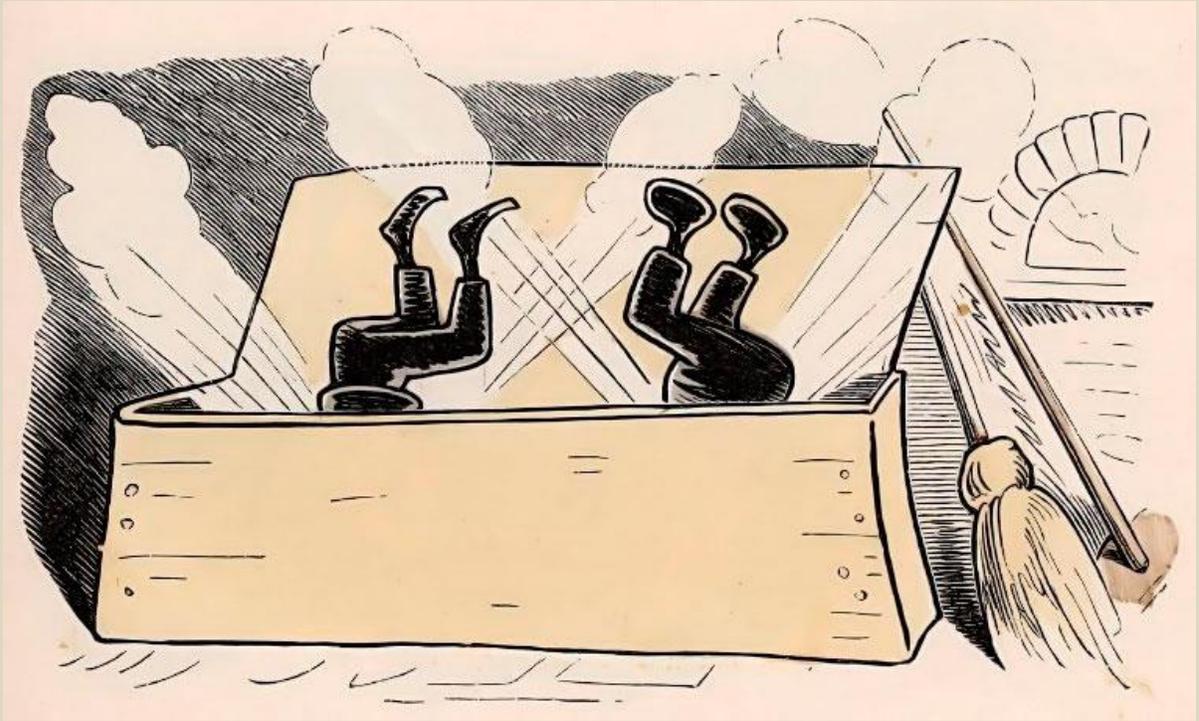
El pastelero, ojo alerta,
cierra con llave la puerta.



Así que, para robar,
por el tejado hay que entrar.



Bajan los dos a la vez,
más negros, ¡ay!, que la pez,

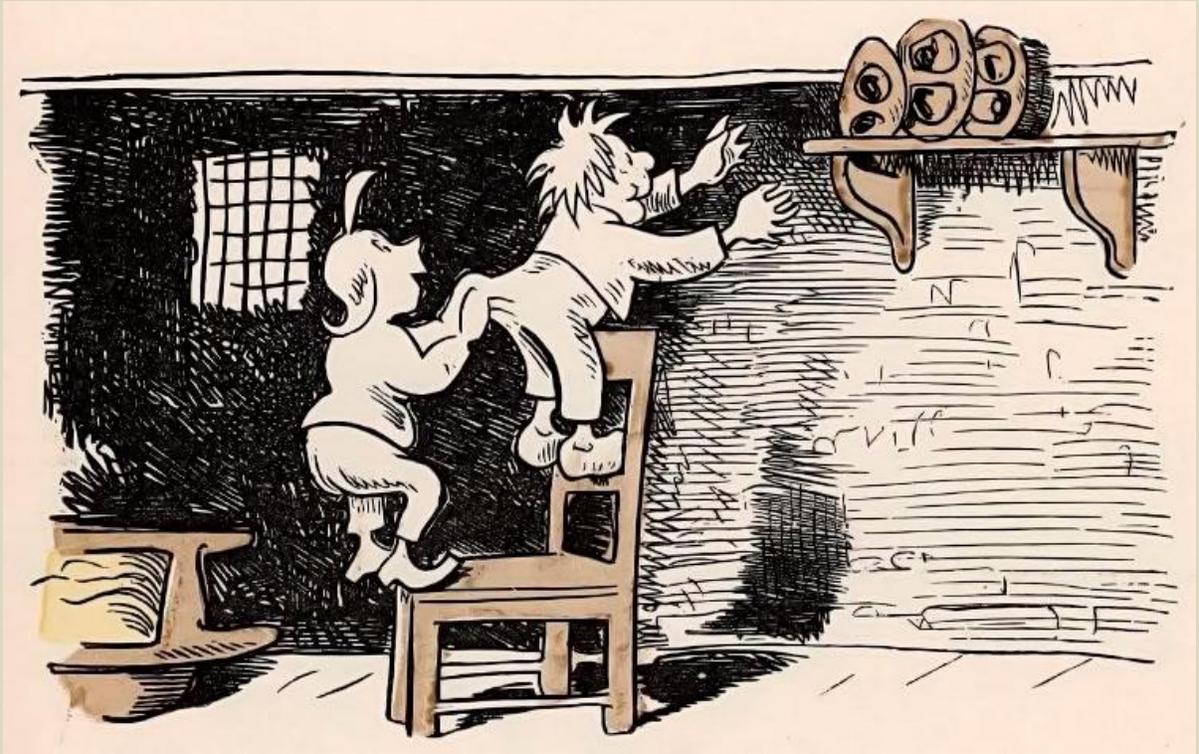


cayendo, de sopetón,
en la harina del arcón.



Salen, como es natural,

con aspecto fantasmal.

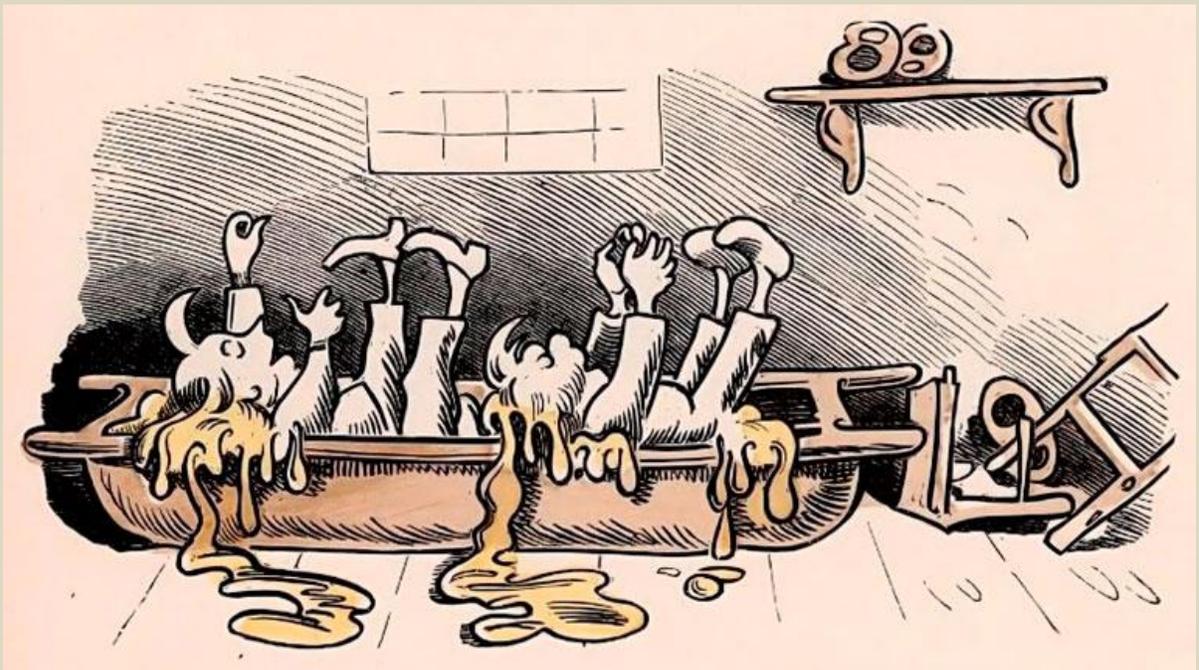


¡Santo Dios! ¡Qué maravillas!

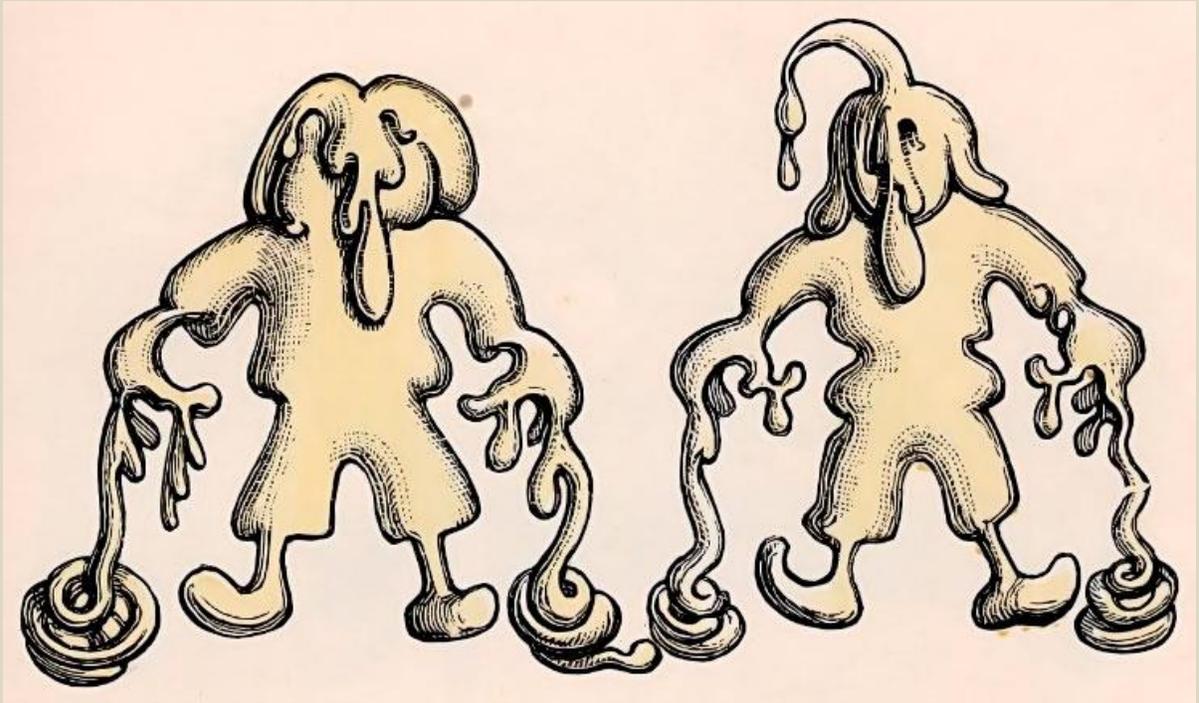
Tres succulentas rosquillas.



Cede la silla y, ¿qué pasa?:



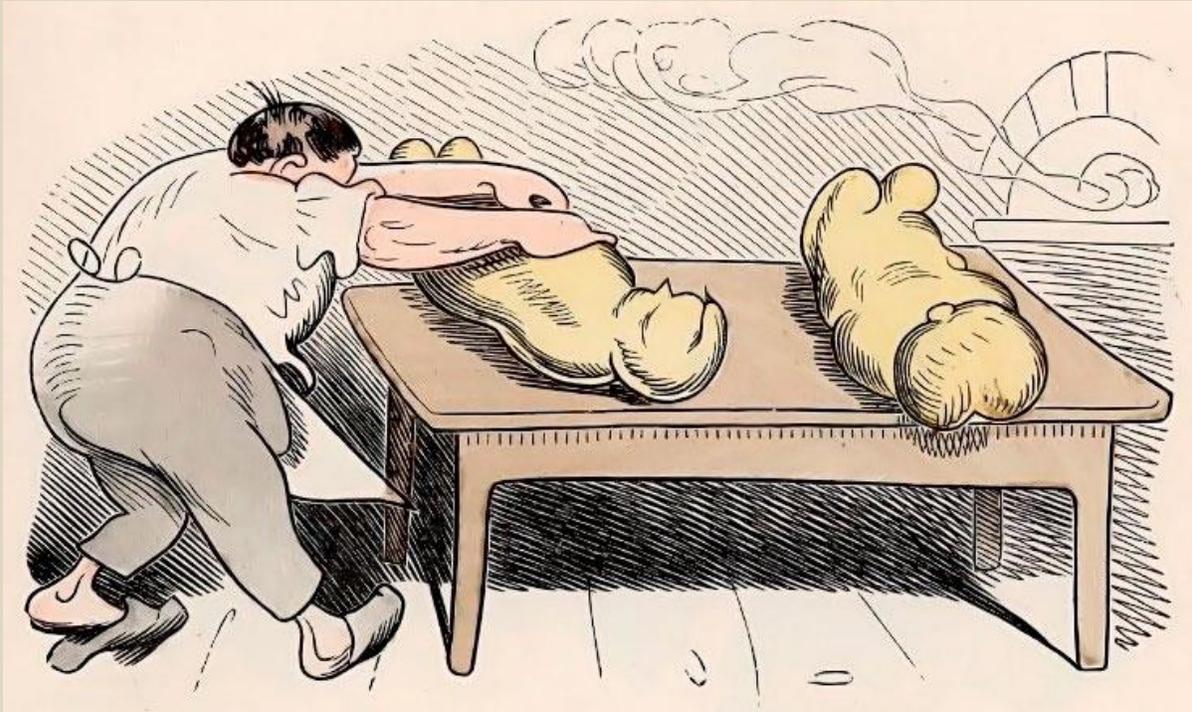
¡que aterrizan en la masa!



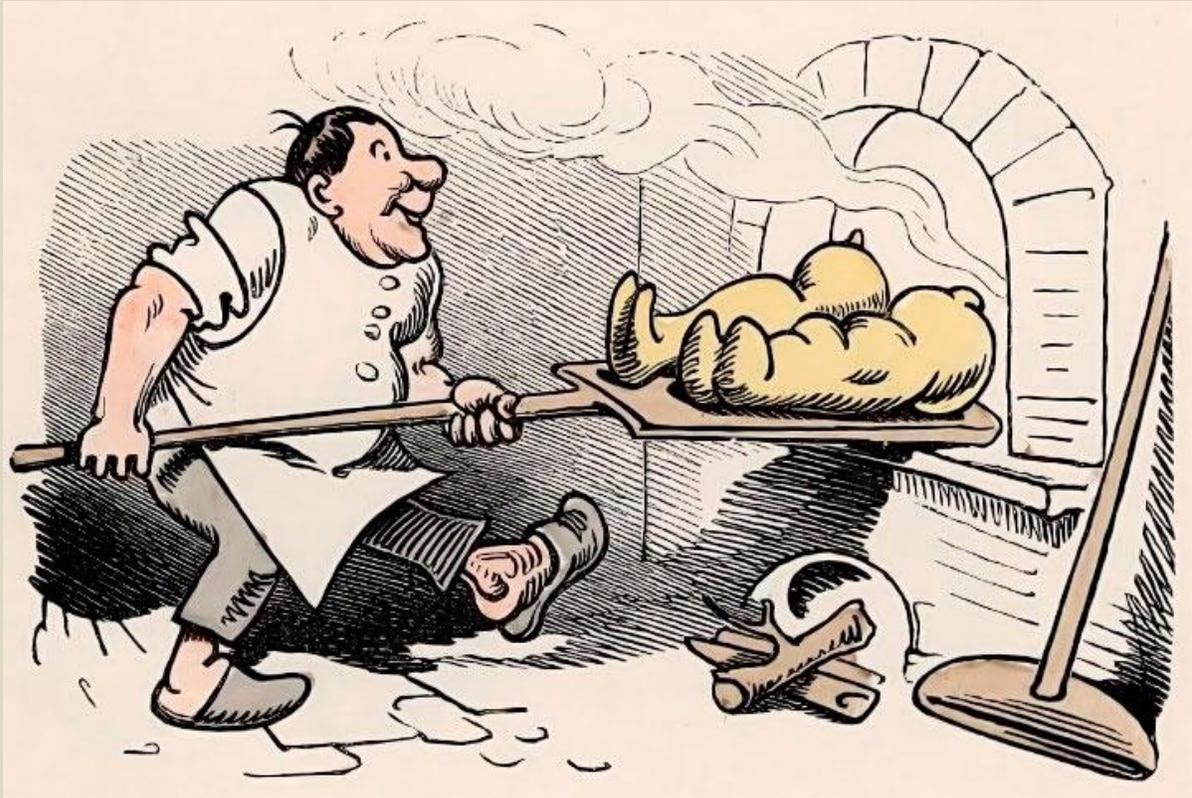
¡Dos pícaros rebozados
por culpa de sus pecados!



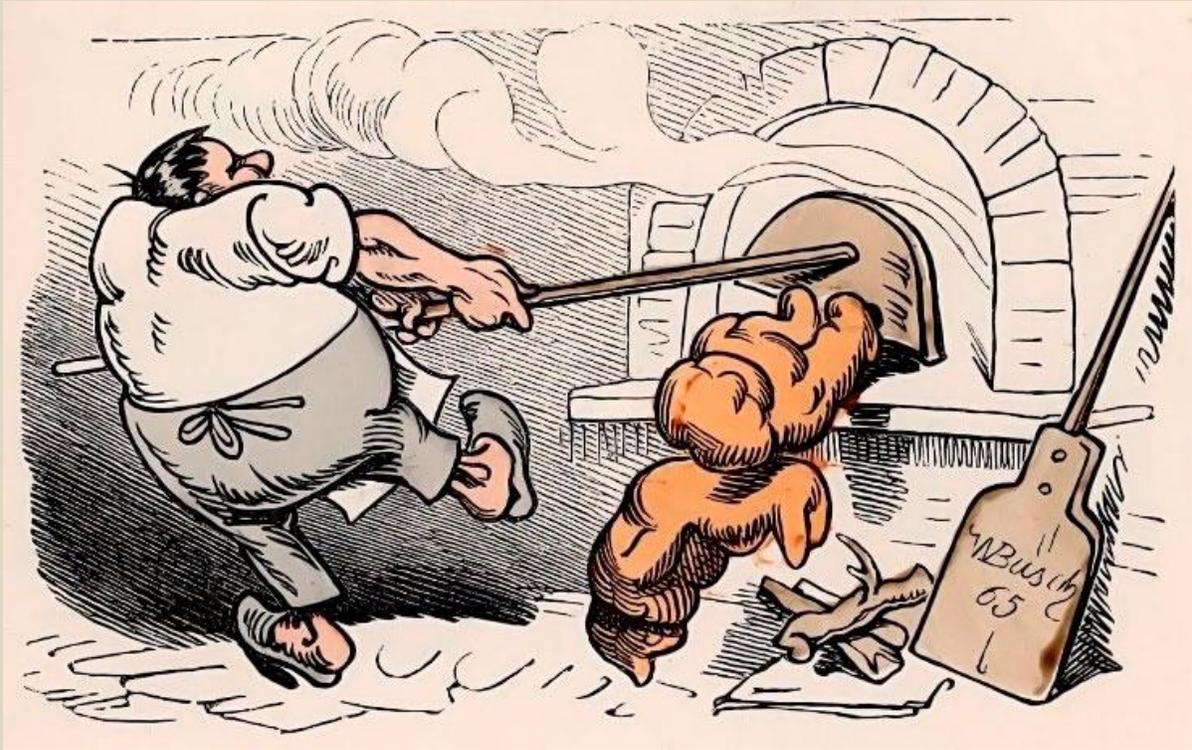
Aparece el pastelero
y descubre el desafuero.



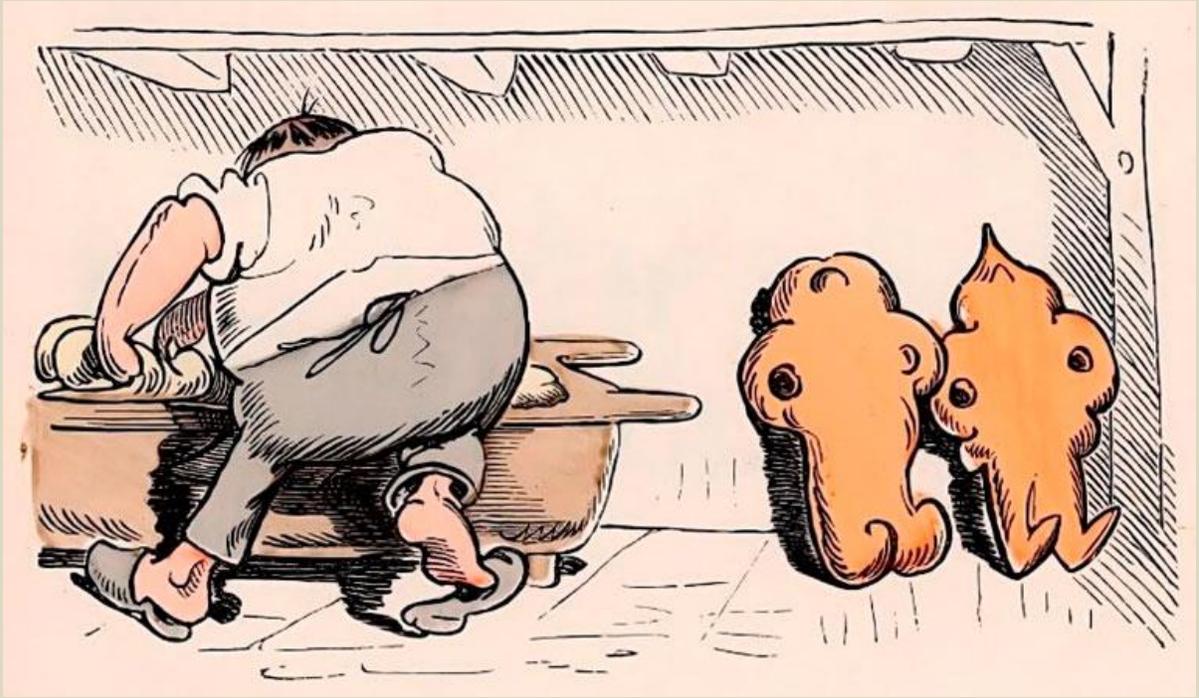
Por castigar sus desmanes,
hace con ellos dos panes.



Y para mayor bochorno
¡los introduce en el horno!



Aquellos dos condenados
reaparecen bien dorados.

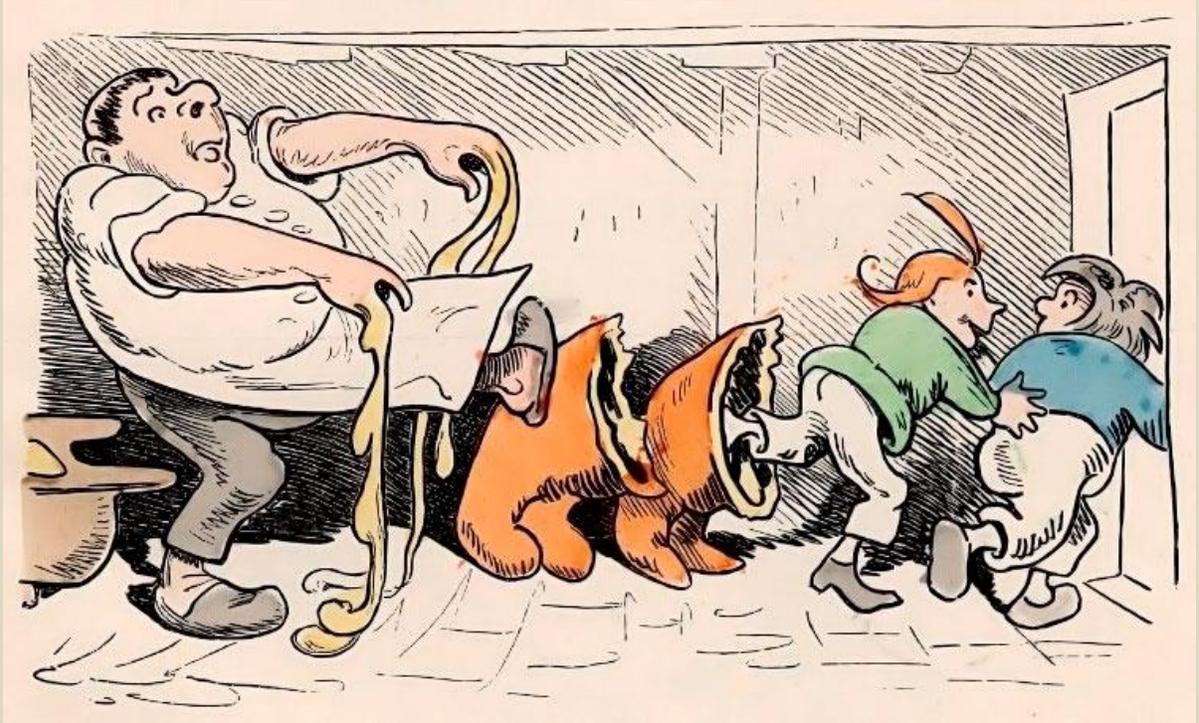


¿Requiescant in pace? ¿Amén?

¡Nada de eso! ¡Les fue bien...!



Salen como dos ratones,
royendo los cascarones.



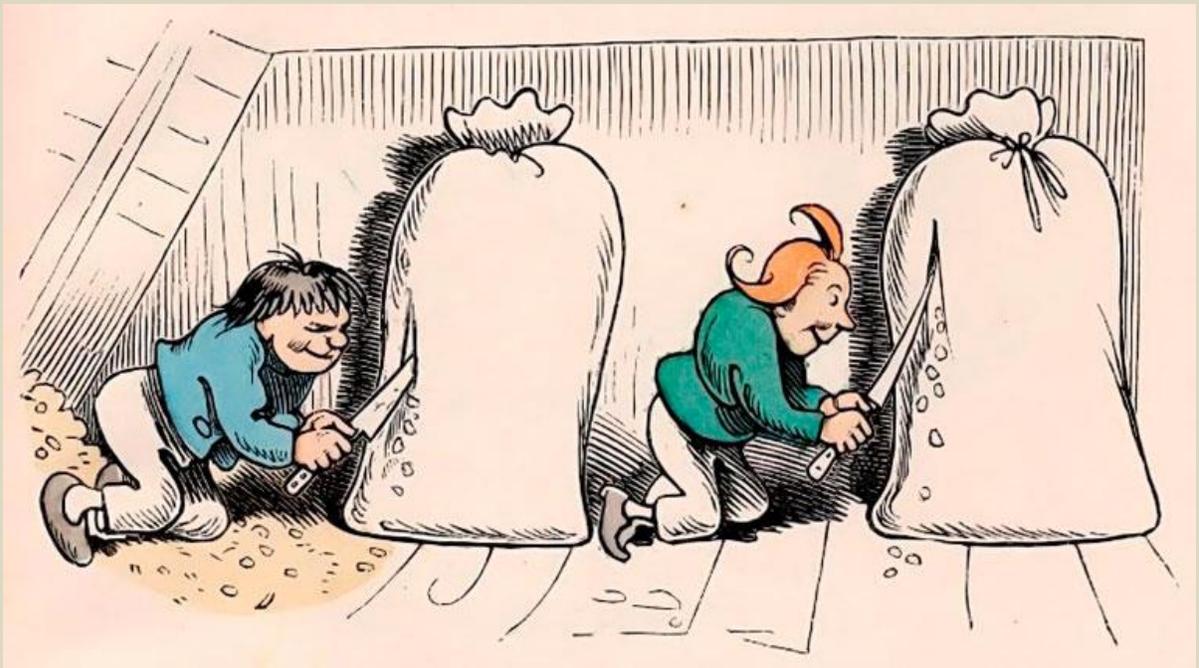
Y el pastelero, asombrado,
se lamenta: «¡Han escapado!

La sexta ha sido fatal,
la postrera, otra que tal...

ÚLTIMA TRAVESURA

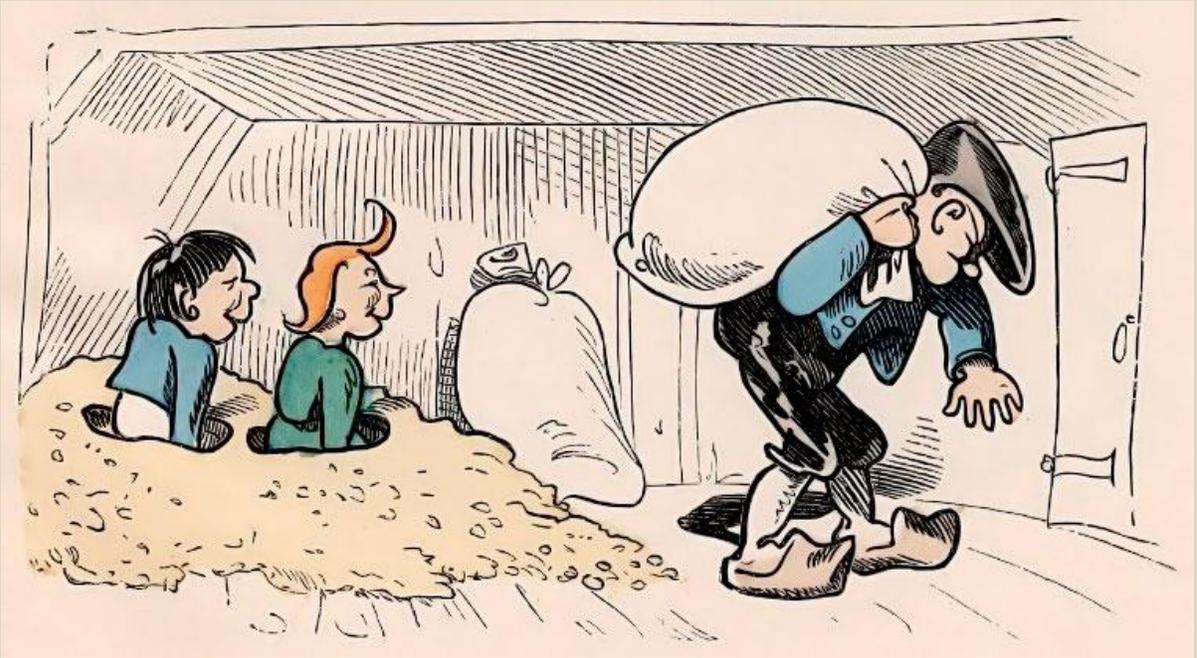
¡Ay, Max y Moritz, temblad!

¡Llegó la hora cruel, rezad!

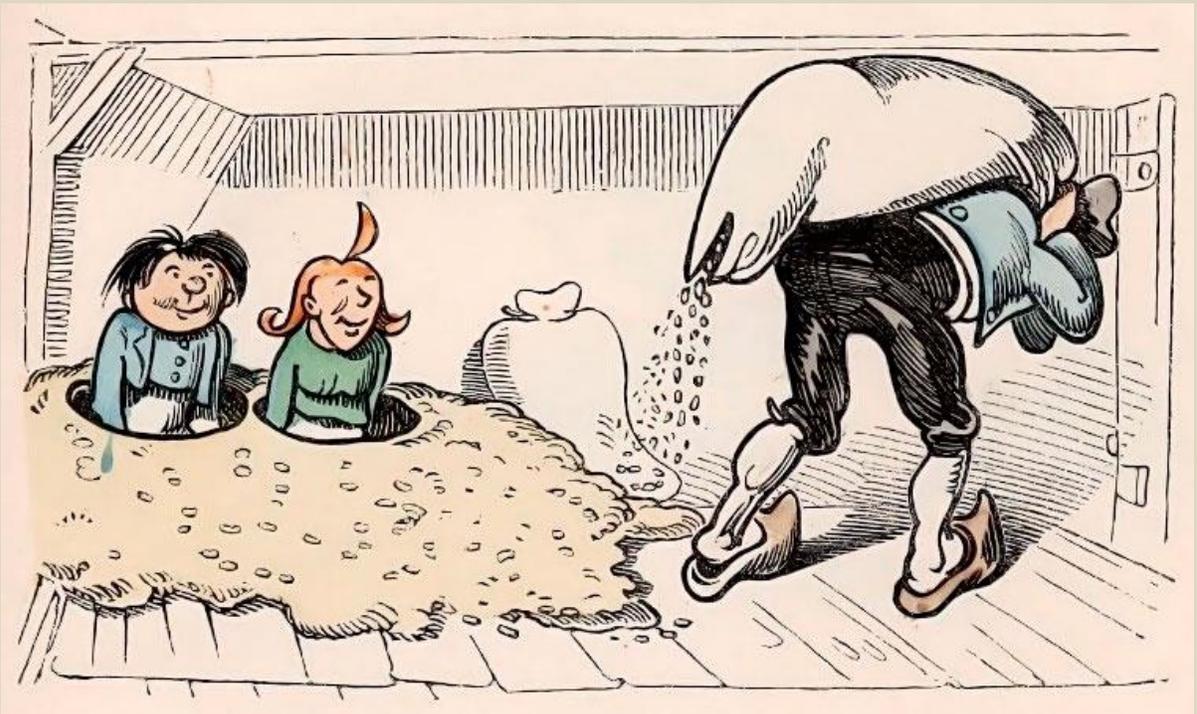


Muy ufanos, los bellacos

andan destripando sacos,

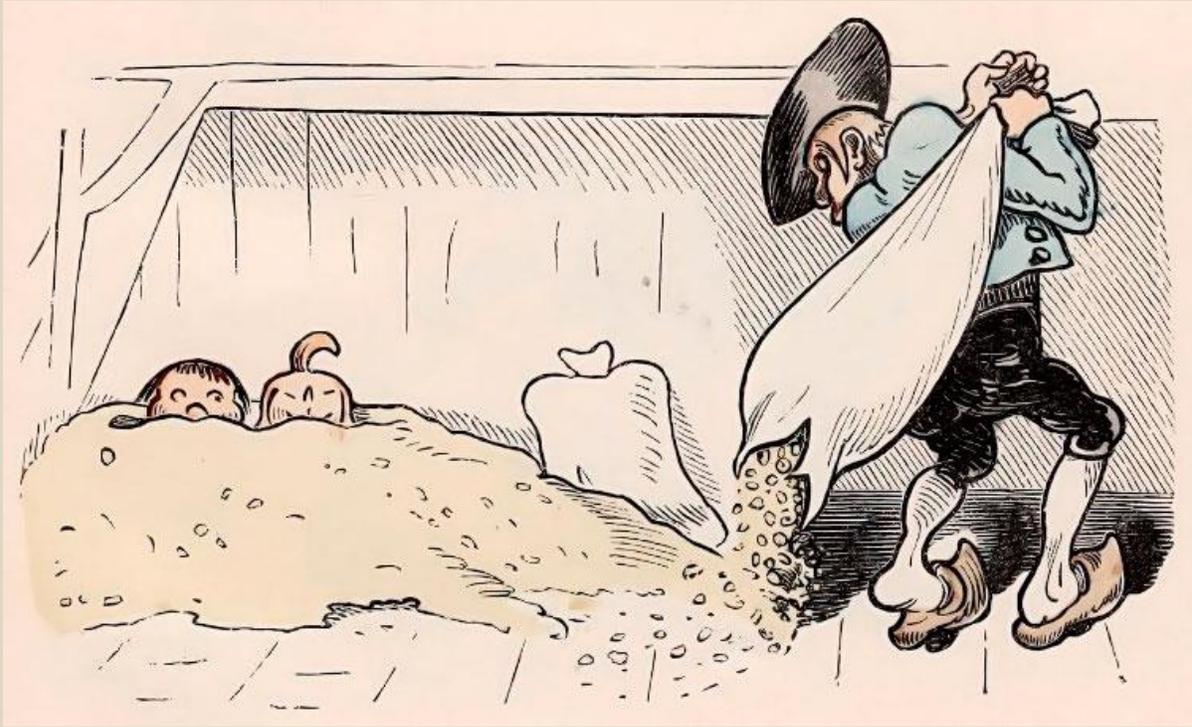


que Hisidren, el labrador,
arrastra con su sudor,



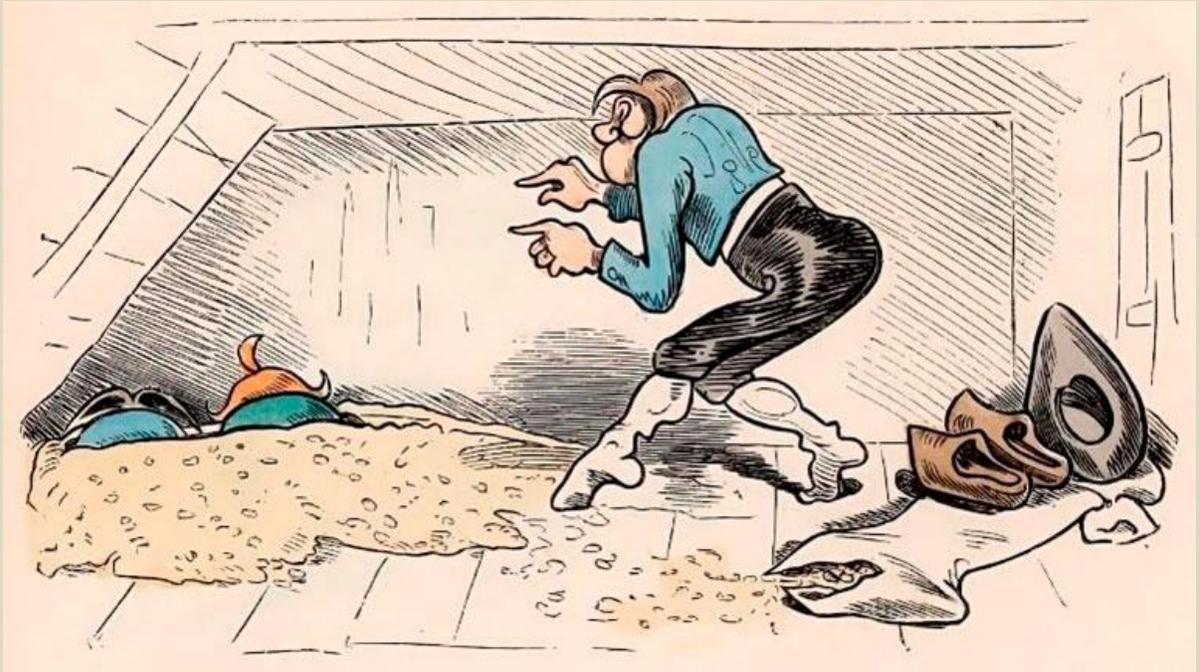
sin sospechar que los granos

se le escurren de las manos.



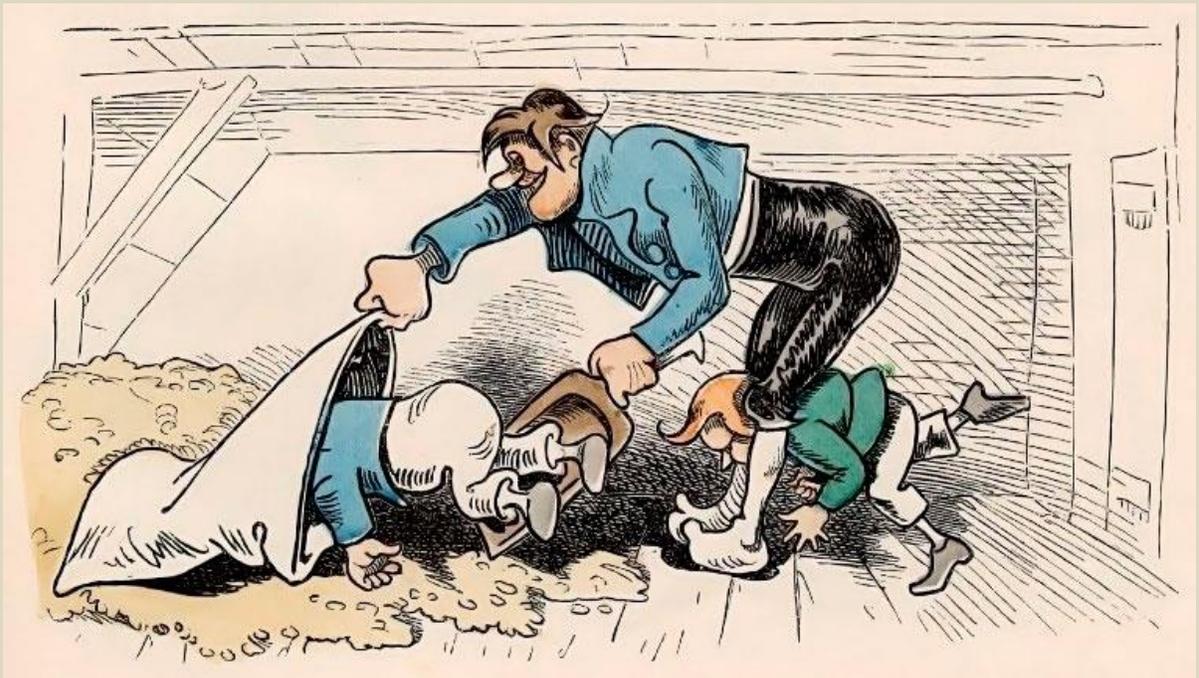
«¡Este saco pierde peso...!»,

ruge. «¡Me las dan con queso!»

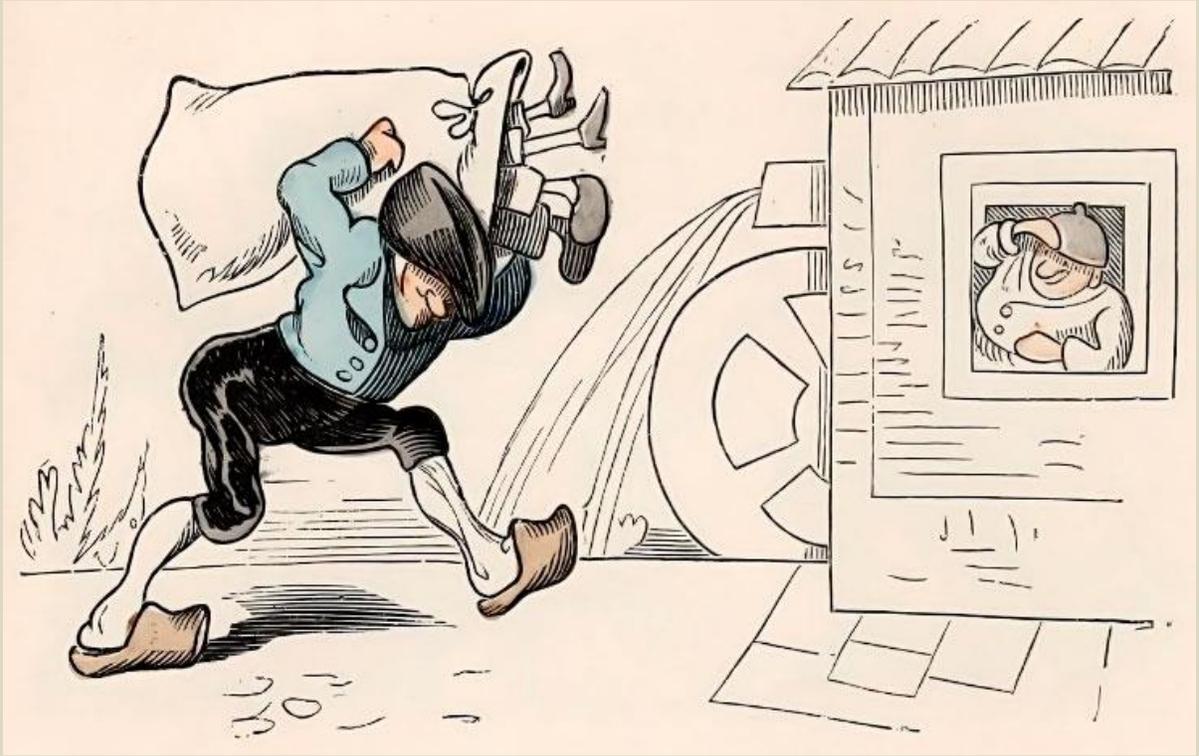


Descubriendo al poco rato

dónde le aprieta el zapato.



Hombre de pocos aguantes,
ensaca a los dos tunantes

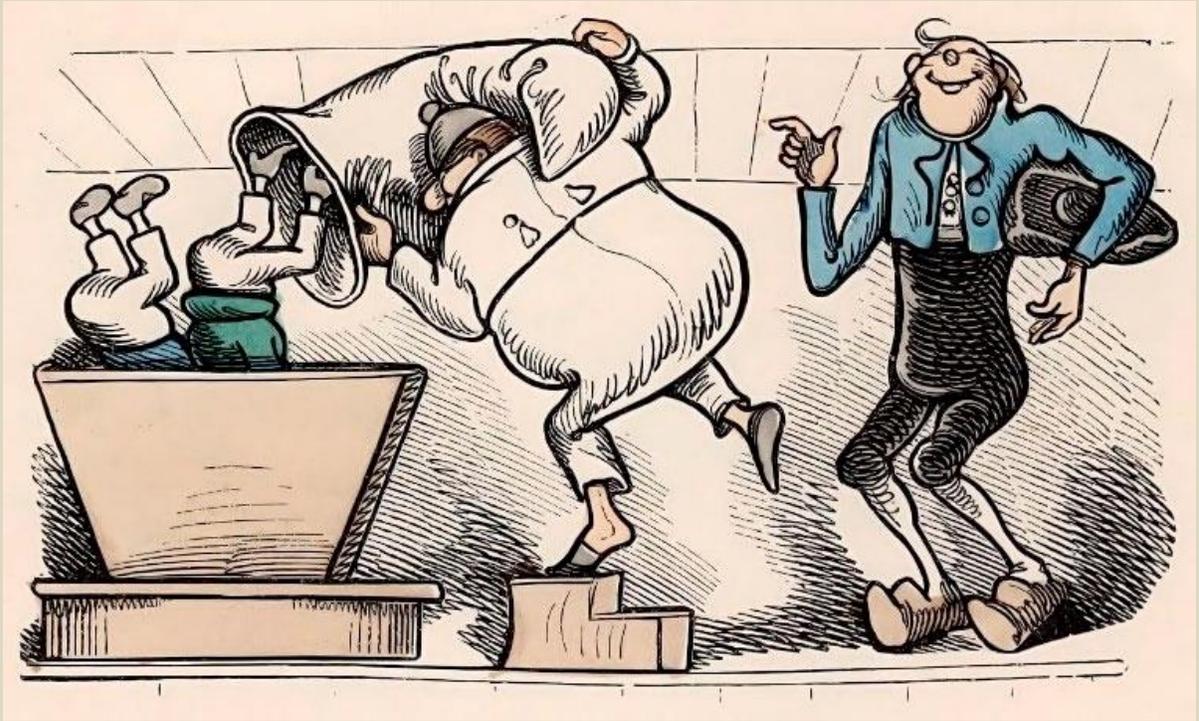


y se los lleva al molino,
que es la rueda del destino.

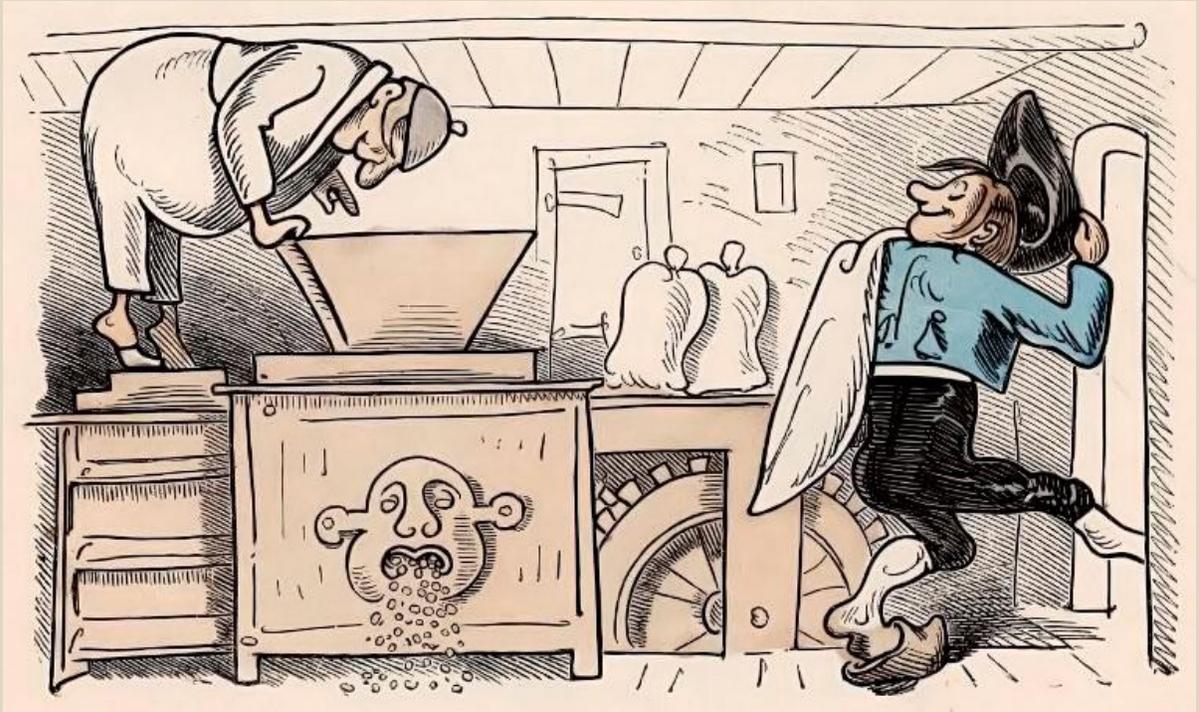


«¡Buenos días, molinero!

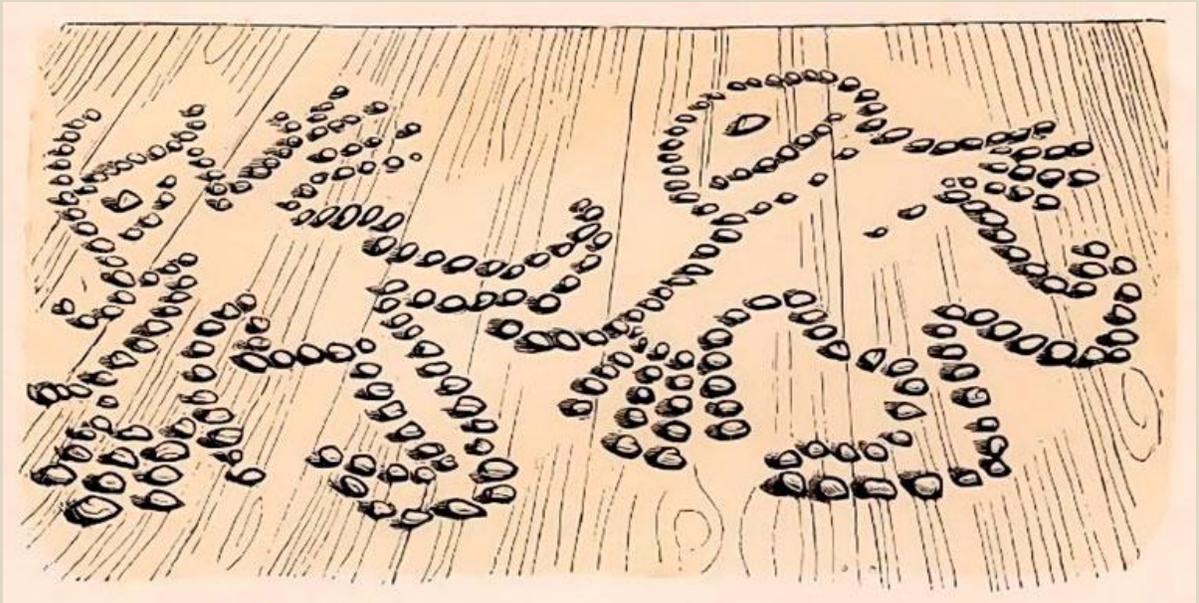
¡Moledme este saco entero!»



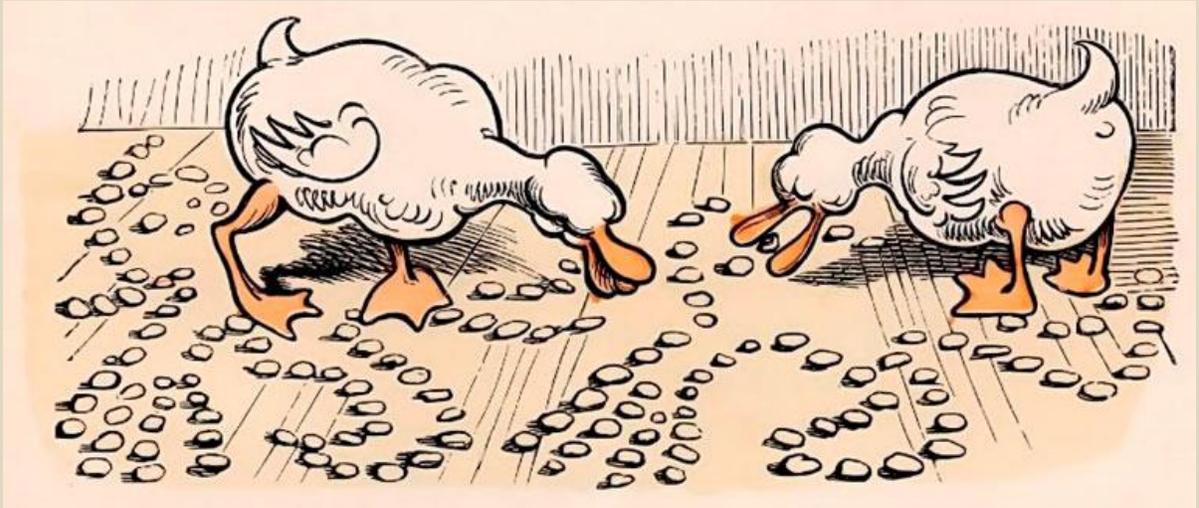
«¡Trae acá!» Y de muy mal genio,
los precipita al ingenio.



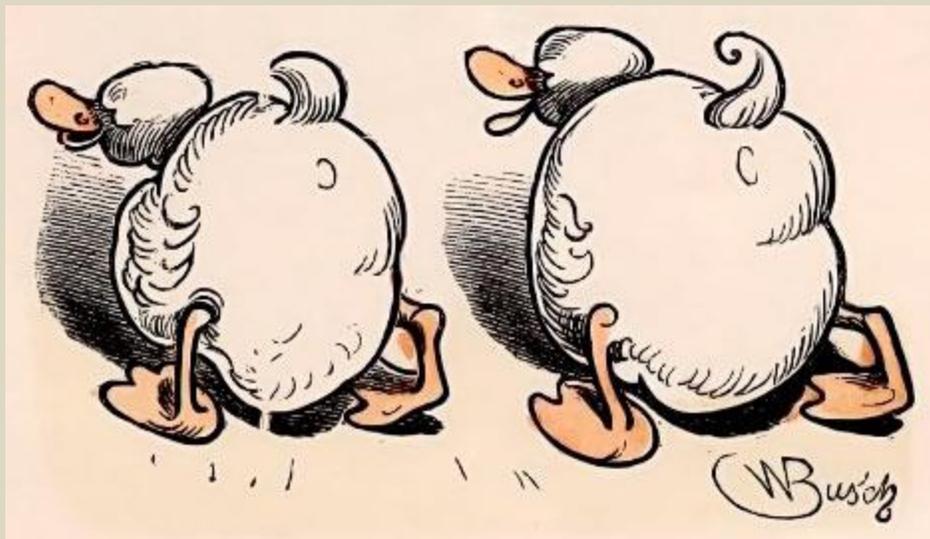
El molino, con estruendo,
triqui-traque, va moliendo...



Aquí yacen, bien compuestos,
de Max y Moritz los restos.



Hasta que a tontas y a locas,
se los meriendan las ocas.



FINAL

Del pueblo en todo el confín,
nadie lamentó su fin.

La viuda, mientras fregaba,
suspiró: «Lo imaginaba».

«¡Siempre fueron un desastre!»,
gruñó Segismundo, el sastre.

Maese Petrus, prolijo,
«¡que sirva de ejemplo!», dijo,
y el pastelero añadió:

«¡Por golosos, digo yo!».

Hasta su tío carnal
sentenció: «Tal para cual».

Hisidren, con retintín,
pensó también: «¡A mí, plin!».

Todo el pueblo, resumiendo,
fue alegrándose *in crescendo*:
¡Se acabó lo que se daba!

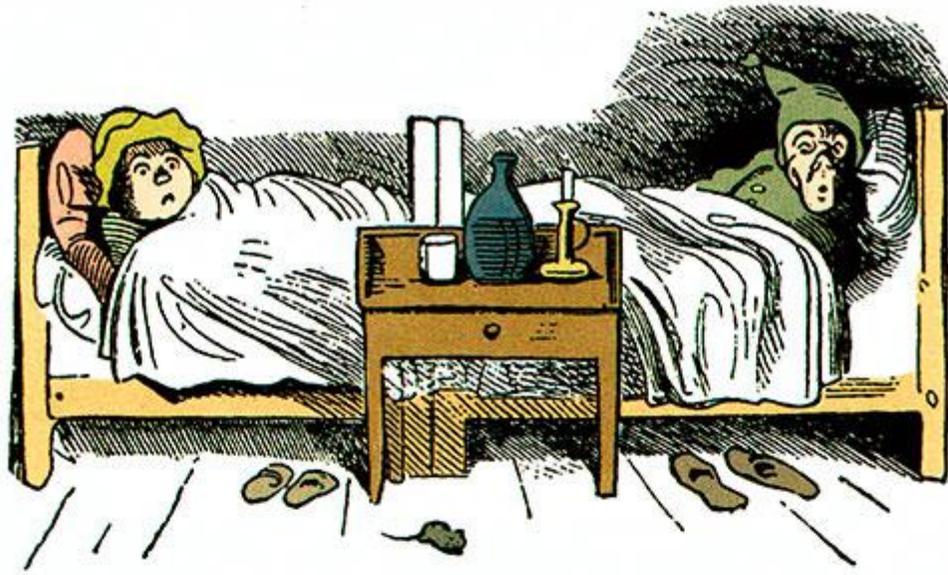
¡¡Quien mal anda, mal acaba!!

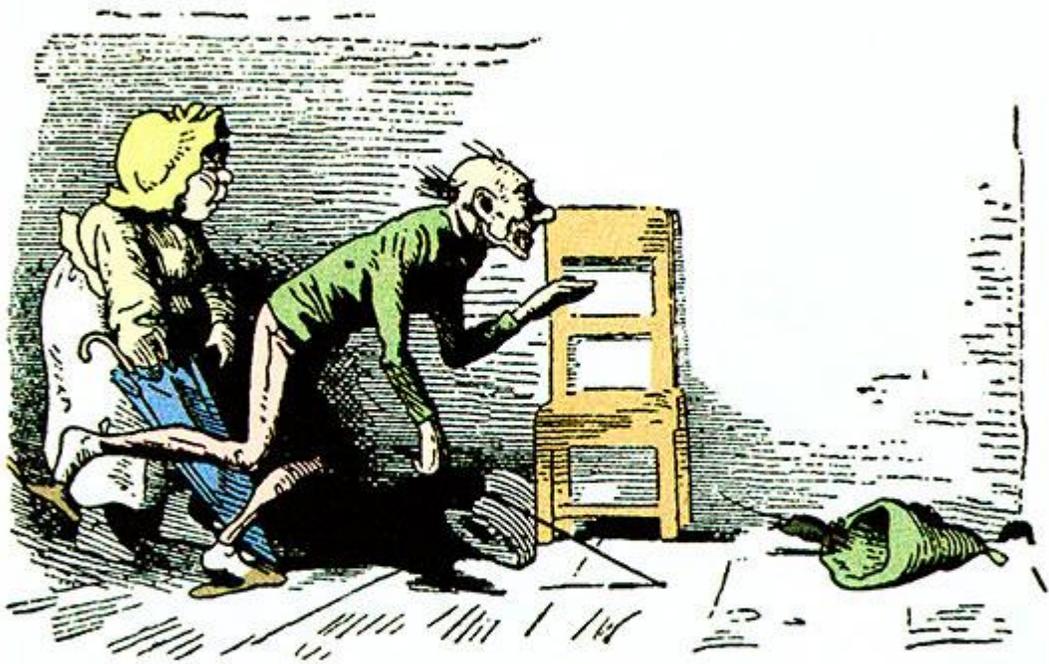
Y UN CUENTO MÁS DE PROPINA

EL RATÓN

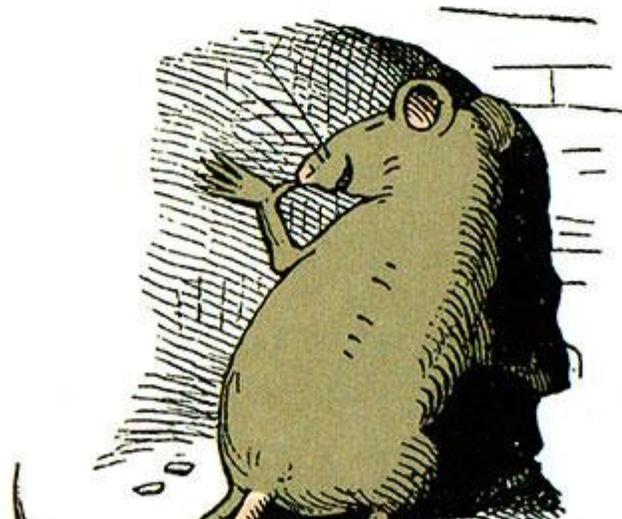
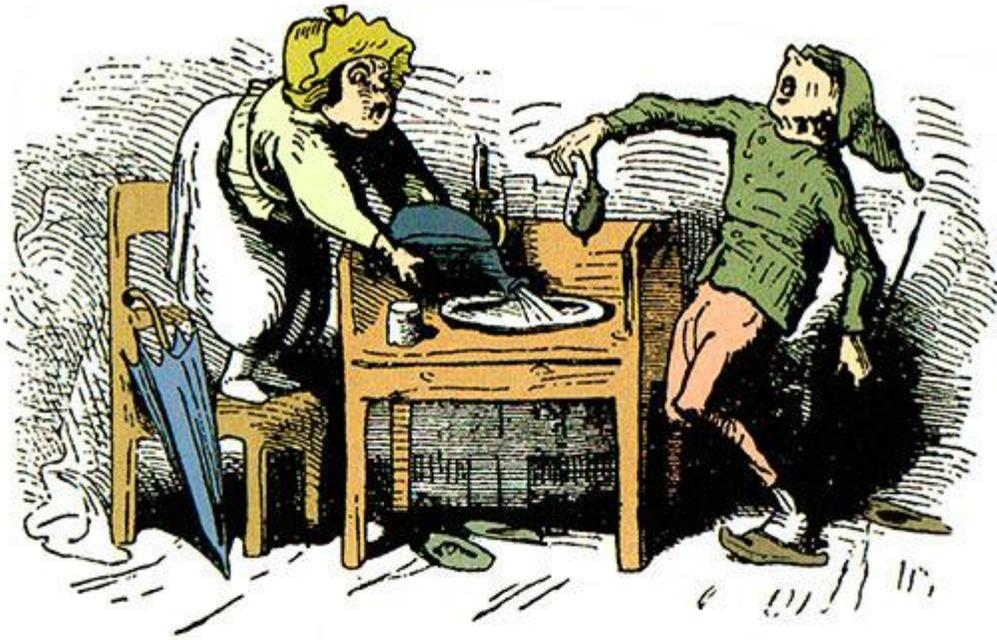
O EL NOCTURNO SOSIEGO PERTURBADO

Una historia contemporánea europea en 12 imágenes











WILHELM BUSCH (Wiedensahl, 15 de abril de 1832 - Mechtshausen, 9 de enero de 1908) fue un caricaturista, pintor y poeta alemán, conocido principalmente por sus historietas satíricas, escritas en verso, como *Max und Moritz* (Max y Moritz). Fue figura decisiva para el desarrollo del cómic estadounidense, aún más que Rodolphe Töpffer

Wilhelm Busch es, con Goethe, Thomas Mann o Schiller, uno de los más conocidos y queridos autores de la literatura alemana. Busch, el mayor de siete hermanos, nació en el seno de una familia de comerciantes. En 1852 ingresó en la Real Academia de Bellas Artes de Amberes.

Tras enfermar de tifus, en 1853, regresó a su hogar, y al recuperarse de la enfermedad empezó a coleccionar sagas, cuentos y canciones populares para ilustrarlas. Al año siguiente se mudó a Múnich, y se matriculó en la Academia de Bellas Artes. En 1859 empezó a colaborar con el periódico satírico *Fliegende Blätter* y con el *Münchmer Bilderbogen*. Allí sería donde, en 1865, publicaría su obra más

conocida, *Max y Moritz*, que se convirtió en un éxito inmediato que ha logrado llegar a la categoría de clásico popular y perenne *best seller*. Busch sufrió varios envenenamientos por nicotina durante su vida, pero no murió hasta 1908, de insuficiencia cardíaca. Está considerado por la crítica moderna como el «Abuelo de los Cómics».